

**Cómo citar:** García de Aguinaga García, José Luis. 2024. Un paralelo existencial entre las ciudades con murallas romano-visigodas de Begastri y de Yecla la Vieja. *AlQUIPIR* 19, 13-41.

<https://www.alquiper.es/archivos/2705>

# Un paralelo existencial entre las ciudades con murallas romano-visigodas de Begastri y de Yecla la Vieja

## An existential parallel between the Roman-Visigothic walled cities of Begastri and Yecla la Vieja

José Luis García de Aguinaga García<sup>1</sup>  
Colegiado COAM 10.728

Recibido: 23-11-2022 / Aceptado: 7-1-2024

### Resumen

Tras una breve introducción, se exponen varias consideraciones de carácter técnico sobre las murallas defensivas bajoimperiales en la Hispania romana, posteriormente se resume la historia y morfología de Begastri (Murcia) y su muralla, seguidamente se hace lo mismo con Yecla la Vieja (Salamanca), para luego comentar similitudes y diferencias entre ambos enclaves, que a pesar de la distancia y las circunstancias que los separan nos ofrecen un recorrido existencial análogo. Se reflexiona sobre la relación entre murallas y espacio público, y finalmente tras hacer una serie de consideraciones sobre metodología que suscita esta comparativa, se concluye resaltando la coherencia entre el trayecto histórico de las dos ciudades y el modelo orgánico de sus defensas, lo que se corresponde de forma plenamente congruente.

Palabras clave: Cehegín, Murcia, Yecla de Yeltes, Salamanca, urbanismo romano.

### Abstract

After an introduction, some previous considerations of a technical nature are made about the Late Roman Empire defensive walls in Hispania, later the history and morphology of Begastri (Murcia) and its wall is briefly recounted, and the same is done with Yecla la Vieja (Salamanca), to then comment on similarities and differences between the two sites, which despite the distance and circumstances that separate these cities offer us an analogous existential journey. Some reflections are made on the relationship between walls and public space, and finally, after a series of considerations on methodology that arouse this comparison, it is concluded by highlighting the coherence between the historical trajectory of the two cities and the organic model of their defenses, which corresponds in a fully congruent way.

Keywords: Cehegín, Murcia, Yecla de Yeltes, Salamanca, Roman urbanism.

*“El paisaje urbano de las ciudades tardorromanas se define, en gran medida, por las murallas”*  
(Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [primera parte]», 227).

*“Roma no inventó la vida urbana, pero la utilizó en modo tan peculiar que lo constituyó en algo esencial de su cultura y cosmovisión”* (González Blanco, *Urbanismo romano*, 42).

<sup>1</sup> [Garcíadeaguinaga@hotmail.com](mailto:Garcíadeaguinaga@hotmail.com) - [orcid.org/0000-0002-9977-4887](https://orcid.org/0000-0002-9977-4887)



## 1. Introducción

Habiendo participado en cuatro de las primeras campañas de excavaciones de Begastri<sup>2</sup> con el catedrático D. Antonino González Blanco, y después de los años transcurridos, escribir el presente artículo supone un ejercicio personal de recapitulación sobre este yacimiento murciano, cuya evolución he intentado ir siguiendo de cerca.

Y en una época donde priman los localismos y se remarcan las diferencias regionales, la provechosa visita que recientemente hice con D. Antonino González Blanco al yacimiento salamantino de Yecla la Vieja sirve de contrapunto para establecer una interesante correlación con Begastri, formulándose en este artículo un paralelo de trayectoria existencial entre ambos enclaves<sup>3</sup>.

Antes de entrar directamente a tratar estos yacimientos, y siendo los amurallamientos defensivos uno de sus elementos más característicos, se ha considerado conveniente exponer un resumen del estado de la cuestión sobre las murallas bajoimperiales en *Hispania*, incidiendo especialmente en los aspectos técnico-constructivos menos tratados hasta el momento y completando la visión del conjunto con los yacimientos de ciudades de menor tamaño en emplazamientos elevados como las dos que nos ocupan.

Tras esta toma de contacto con las características y evolución de las arquitecturas murarias militares del mundo romano y tardorromano, se hará un breve recorrido histórico por cada uno de los dos emplazamientos, que luego permitirá compararlos exponiendo tanto similitudes como singularidades.

Pero no se queda en mera comparación de trayectorias existenciales, pues este particular ejercicio suscita varias cuestiones: por una parte servirá para ubicarnos sobre el papel que jugaron las murallas bajoimperiales en la evolución del urbanismo romano y la transformación de sus espacios públicos, y por otra parte generará distintas reflexiones sobre metodología

2 Excavaciones que empezaron en 1980 dirigidas por D. Antonino González Blanco hasta el año 2006 inclusive, continuando posteriormente los trabajos con nuevos directores de excavación (Molina Gómez, y Martínez García, «Campaña arqueológica de Begastri 2006», 263; Molina Gómez, *et al.*, «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 69), habiendo participado el autor de este artículo en las campañas de septiembre de los años 1982, 1983, 1984 y 1986. Véase la historia de los primeros años de excavación (González Blanco, y Molina, «Historia de la excavación de Begastri», 15-19).

3 Este nuevo concepto de “paralelo existencial” se desarrollará con más detalle en el punto 7.1 del presente escrito.

y herramientas de trabajo que entiendo interesantes de considerar. Excavar un yacimiento no nos dará respuestas interesantes si no hacemos las preguntas adecuadas, y por ello hay que saber qué preguntar. Eso es precisamente lo que pretende este artículo, alrededor de la formulación de un paralelo existencial ofrecer algunas pistas sobre lo que se les puede preguntar a estos yacimientos, aparentemente tan distintos pero tan similares a la vez.

## 2. Consideraciones previas técnico-constructivas sobre las murallas romanas bajoimperiales en la península

En este punto se postula y argumenta que si bien es viable definir las características constructivas y morfológicas de cada una de las distintas murallas bajoimperiales en las ciudades hispánicas<sup>4</sup>, debido a su gran adaptabilidad (que incluye diversidad de materiales, variantes constructivas y de geometría, así como una versátil integración tanto con la topografía como con el desarrollo histórico urbano) no resulta posible establecer una única tipología arquitectónica (estructura formal)<sup>5</sup> que las caracterice, agrupe, determine y diferencie a todas ellas frente a murallas de épocas anteriores y posteriores<sup>6</sup>. No obstante a semejante panorama, en el estado actual de las investigaciones empiezan a vislumbrarse algunas características formales/materiales específicas que quizás podrían acotarse en términos *post quem* y *ante quem*<sup>7</sup>.

4 Sobre la consideración de ciudad, puede verse el punto 8.1 ¿Qué entendemos por ciudad? de la *Introducción: Urbanismo, ciudad romana e introducción historiográfica*, así como el *Capítulo cuarto: los criterios para reconocer una ciudad romana*, ambos del libro *Urbanismo Romano en la región de Murcia* (González Blanco, *Urbanismo Romano*, 27-28,99-106).

5 “*What then is type? It can most simply be defined as a concept which describes a group of objects characterized by the same formal structure*” (Moneo, «On typology», 23).

6 En un intento de establecer una tipología específica, hay quien ha propuesto que todas las murallas bajoimperiales presentan torreones cuadrados y/o semicirculares de forma repetitiva, lo cual tiene una parte de fundamento, pero como luego veremos no es posible generalizar tal afirmación (tanto por existir murallas anteriores de época altoimperial con esta geometría, como por encontrarse en el Bajo Imperio murallas sin ella); únicamente se podría afirmar que murallas bajoimperiales muestran espesores entre 3 y 7m mientras que por lo general las altoimperiales tienen grosos menores (y muy posiblemente esbelteces mayores, por ser elementos arquitectónicos de prestigio y no estar diseñadas frente a grandes solicitaciones bélicas).

7 “*La dificultad estriba en llegar a saber si podemos atribuir a determinados rasgos un valor cronológico concreto dentro del marco temporal de la baja romanidad*” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 209). Al tratarse de la continuidad de una tradición constructiva y no de sistemas foráneos importados (como serían las murallas púnicas en cajón), veremos que solo

## 2.1. Contexto historiográfico

Las murallas romanas en la península comenzarán siendo estructuras propias de campamentos militares<sup>8</sup>, a la vez que se fomentará la desactivación de las defensas indígenas<sup>9</sup> que tantos problemas dieron a Roma. Ya en el siglo I a.C. (época tardorrepública) se empieza a premiar a poblaciones leales con promociones de régimen jurídico, siendo el levantamiento de murallas uno de los atributos de prestigio asociados<sup>10</sup> (Ercávica, Alicante, Cartagena, Libisosa, Gerona, Badalona, Ampurias, etc.)<sup>11</sup>. Se seguirá haciendo en época augustea con las nuevas ciudades fundadas y con las incentivadas a municipio, donde la muralla mostraba un significado urbano más simbólico que poliorcético de protección ante un supuesto enemigo<sup>12</sup> (como encontramos en Conímbriga<sup>13</sup>, Mérida, Barcelona, Zaragoza, Itálica, Elche, Beja, Tolmo de Minateda, Bilibis, etc.)<sup>14</sup>, donde constructivamente parece que se

---

algunos elementos podrían proporcionarnos algo de información temporal en términos *post quem*, como sería el ejemplo de núcleos cementados (avance tecnológico que en *Hispania* no se generaliza hasta época augustea), espesores de murallas (anchos de entre 3 y 7 metros en las construcciones bajoimperiales, mayores que en las murallas altoimperiales) (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en *Hispania*», 84), o quizás incluso en términos *ante quem* como los muros de adobe que en la península ibérica ya no encontramos documentados arqueológicamente en murallas de época imperial (pero que vuelven a aparecer en la España musulmana, lo que con alguna excepción sucederá también con el empleo del ladrillo en murallas).

8 Inicialmente en el contexto de las guerras púnicas, como tenemos en Tarraco (Morillo, «Campamentos romanos en España», 384).

9 “Durante la conquista los romanos demolieron las murallas, como lo hizo Catón en el año 195 a. C. (Liv. 34, 17; Zon. 9, 17, 5; Plut. Cat. 10; App. Ib. 41; Front. 1, 1, 1)” (Blázquez, «La crisis del siglo III», 25). Santos Yanguas vuelve a repetir esa misma frase (Santos, «Las invasiones germanas del siglo III en *Hispania*», 167).

10 “Actuaciones edilicias para amurallar determinados centros durante el siglo I a.C., sin duda vinculados de alguna manera con los conflictos civiles de época de Sertorio y César y las recompensas a los aliados por parte de los vencedores, que debieron tomar forma de promociones jurídicas” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en *Hispania*», 86). La muralla se lee por tanto como símbolo de reconocimiento formal a la lealtad, marcando una clara distinción con los asentamientos indígenas cuyas defensas habían sido demolidas.

11 Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en *Hispania*», 86-87.

12 “Frente a la muralla altoimperial, que aparece en contados núcleos urbanos como un mero elemento de prestigio, los recintos bajoimperiales adoptan una estructura auténticamente defensiva, acorde con los nuevos principios tácticos asumidos dentro de la estrategia militar del Imperio” (Fernández Ochoa, y Morillo, «La muralla de Iruña», 736).

13 “Durante el principado de Augusto, se erige el primer foro, unas termas y el acueducto (...). Además, se construye la primera muralla, cuya función es más simbólica que defensiva, dotando así a la ciudad de un importante elemento de prestigio” (López Quiroga, «Conímbriga», 8).

14 Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época

empiezan a emplear de forma generalizada los núcleos cementados<sup>15</sup>.

Durante la Pax Augusta (siglos I y II) se soslaya la noción de necesidad defensiva en favor de una concepción más abierta e igualitaria entre ciudades<sup>16</sup>; de existir, la muralla solo será otro elemento arquitectónico, que ordena las intervenciones urbanísticas (como en la ampliación o *Nova Urbs* de Itálica por Adriano).

Las invasiones encuadradas en las guerras párticas y marcomanas crearán las primeras alertas lejanas, así como en *Hispania* las incursiones de rapiña por los moros en la Bética<sup>17</sup> en el último tercio del siglo II; finalmente el siglo II terminará con la dinastía Antonina y supondrá el inicio de la dinastía de los Severos, que precederá a la crisis del siglo III.

A la crisis económica inflacionaria<sup>18</sup> se sumarán

---

romana en *Hispania*», 91-92.

15 “Este último [el periodo augusteo] se caracteriza por el empleo casi generalizado del *opus caementicium*, frente al momento anterior [murallas del siglo I a.C.]” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en *Hispania*», 107). Interesante apreciación que nos sitúa el inicio del empleo de mortero de cal hidráulica en la península, pero que no puede generalizarse, pues como veremos en las murallas posteriores de época bajoimperial se seguirán utilizando ambos sistemas (núcleos cementados con cal hidráulica, y núcleos sin cementar, según su ubicación en el paisaje litológico y la consiguiente disponibilidad local de materiales). Indicar que las murallas augusteas mencionadas por Carmen Fernández Ochoa y Ángel Morillo, como Barcelona (*Barcino*), Mérida (*Emerita Augusta*), Zaragoza (*Caesaraugusta*), Beja (*Pax Iulia*), Conímbriga, Elche (*Ilici*), Bolonia (*Baelo Claudia*), Calatayud (*Bilbilis*), y Hellín (*Ilunum*), coinciden con estar situadas en la España caliza (tema éste sobre el que luego insistiremos).

16 Descartándose el modelo urbano cerrado y fuertemente amurallado por motivos ideológicos, para mantener una identidad común: “Hasta finales del siglo II d. C. (...) el Imperio había impedido la formación de aquellas ciudades estado, cerradas en sí mismas e incapaces de formar una nación, que habían supuesto la desgracia de Grecia” (Montanelli, y Gervaso, *Historia de la Edad Media*, 18). “La gran obra de Roma fue implantar la *pax romana*, unificar en buena medida la cultura, la lengua y las formas de vida de los mil pueblos unificados en el *orbis romanus*” (González Blanco, «La historia del S.E. peninsular», 53). La crisis del siglo III hará que se cuestione seriamente esa universalidad cívica, retrayéndose las ciudades en búsqueda de su autoafirmación, amurallándose y refugiándose en sí mismas tanto física como conceptualmente.

17 En época de Marco Aurelio, con una primera incursión mora hacia el 171 y una segunda entre el 176 y el 180 (Gozalbes, «Incursiones de moros contra la Bética», 49-53; Santos, «Las invasiones de moros en la Bética», 51-62; González Blanco, «La población del SE en los siglos oscuros IV-X», 12-13).

18 Se ha escrito que “El impacto en lo económico de las invasiones y de los restantes hechos de armas de la segunda mitad del siglo III fue enorme. Por primera vez regiones económicamente tan ricas como la Bética y el Levante fueron arrasadas, con villas y ciudades destruidas y mermada la población. Algunas no volvieron a levantar cabeza (...) Otras

en la península ibérica las invasiones<sup>19</sup> de francos y alamanes<sup>20</sup> en el último tercio del siglo III<sup>21</sup>,

vieron reducido considerablemente el casco urbano (...) Hay indicios muy significativos de la total ruina (...) En muchos aspectos se comienza ya la Edad Media” (Blázquez, «La crisis del siglo III», 25-26); a lo que posteriormente se ha intentado quitar cierto catastrofismo: “Durante el siglo III d.C. la mayoría de las ciudades hispanas se transforman, no desaparecen ni se arruinan” (Pérez Centeno, «Análisis de la evolución de las ciudades hispanas en el siglo III», 319). En cualquier caso, parece que la crisis generaría profundas transformaciones; en algunos ejemplos la significativa reducción del tamaño urbano entre finales del siglo III y principios del IV queda perfectamente documentada por la arqueología, como sucedería en Conímbriga: “Las últimas investigaciones respecto a la cronología de la muralla tardorromana de Conímbriga, fechan su construcción en las dos primeras décadas del siglo IV, apoyándose en el registro arqueológico y dataciones de C14 (De Man 2010). De las tres colinas por las que se extendía el primer recinto se volvió a ocupar apenas una” (López Quiroga, «Conímbriga», 10). Algo parecido ocurriría en Iruña: “Según las publicaciones más recientes, en este momento [periodo tetrárquico] se construiría el recinto defensivo, que restringe el antiguo perímetro altoimperial, dejando fuera varios edificios públicos como el teatro y las termas” (Fernández Ochoa, y Morillo, «La muralla de Iruña», 736). Aunque en la gran mayoría de los casos se detecta una destacable reducción del tamaño urbano, no siempre sería así y podrán encontrarse algunas excepciones: “Por lo que se refiere a la relación espacial entre la muralla tardía y la ciudad altoimperial, encontraremos fortificaciones tardías que rectifican el perímetro urbano de época anterior, reduciéndolo a veces de forma significativa (Conímbriga, Veleia, Asturica, Uxama, Caesaraugusta, Emerita), mientras otras ciudades parecen mantenerlo (Legio, Barcino), e incluso aumentarlo (Bracara)” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 207).

19 “El raid germano, igual que los restantes hechos de armas del siglo III en su segunda mitad, desarticuló la organización del trabajo. Provocó igualmente la fortificación de las ciudades; el número elevado de ellas que amurallaron su recinto señala que el pánico fue grande y que abarcó toda la Península” (Blázquez, «La crisis del siglo III», 25). Ramos Fernández, hablando de la toma de Ampurias por los invasores francos: “testimonio que nos prueba cómo la idea de la necesidad de la fortificación de las ciudades no existía en la mente de los habitantes del Gran Imperio Romano” (Ramos, «Las invasiones de los francos en España», F251).

20 “Aurelio Victor, primer autor que alude a esa invasión, y de quien dependen las otras referencias total o parcialmente, identifica como francos a los invasores, y lo mismo hace Mazarlo; los demás autores, en cambio –Eutropio, Orosio, Jerónimo y Próspero de Tiro–, utilizan para ellos el término «Germani». De ahí que la historiografía moderna haya dado en emplear la mención doble de francos y alamanes, que no se refiere a dos invasiones diferenciadas en el tiempo” (López Melero, «La supuesta invasión del siglo III», 43).

21 Desde el trabajo de Blas Taracena de mediados del siglo pasado (Taracena, *Las invasiones germánicas en España durante la segunda mitad del siglo III*) se habían considerado dos episodios de invasiones: una primera oleada (hacia 264) donde saquean la franja de costa mediterránea recorriendo la vía Hercúlea, y una segunda oleada (hacia 276) en la que entran por Navarra y van siguiendo con su pillaje por la cuenca del Duero hasta la Lusitania. Actualmente, esta posible segunda oleada está puesta en duda (López Melero, «La supuesta invasión del siglo III»), reconociéndose el impacto de la primera: “Hoy en día, aunque se acepta la trascendencia de la primera de estas oleadas, parece prácticamente descartado que la invasión de los alamanes en el 270 afectara a la península ibérica” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 204).

encontrándose los germanos ciudades desguarnecidas y sin defensas<sup>22</sup>. Durante los siglos III y IV<sup>23</sup> el esfuerzo por amurallar poblaciones<sup>24</sup> evolucionará desde la exclusividad y las reticencias anteriores a un claro fomento de las obras urbanas defensivas<sup>25</sup>, lo que se

22 “Según todos los indicios los ejércitos de guarnición en territorio hispano no hicieron frente en ningún momento a estos grupos de alamanes y francos” (Santos, «Las invasiones germanas del siglo III en Hispania», 164). “Únicamente la provincia de Bética parece haber resistido con eficacia el empuje de estos invasores, y ello sería debido a que los centros urbanos se habrían fortificado ya en los años siguientes a las invasiones de moros en el siglo II” (Ibid., 164).

23 “De hecho, las investigaciones realizadas en los últimos años únicamente han podido establecer que el comienzo del amurallamiento en la Península Ibérica arranca aproximadamente del 260 d.C., extendiéndose hasta un momento impreciso (...) El panorama de las murallas tardorromanas hispanas se mueve dentro de un margen temporal de más de un siglo, que comprende desde mediados del siglo III d.C. hasta finales del siglo IV” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [segunda parte]», 343-344). “La mayor parte de las murallas sólo proporcionan fechas aproximadas, basadas en la amortización de estructuras claramente anteriores o en la comprobación arqueológica de su uso durante el periodo tardorromano” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 204).

24 Está produciéndose un interesante debate sobre si hubo un programa centralizado imperial, proyectando las actuaciones de amurallamientos urbanos desde el último tercio del siglo III. Siguiendo el esquema cronológico propuesto para la Aquitania o suroeste de la Galia (Maurin, «Remparts et cités dans les trois provinces du Sud-Ouest», 365-389), como cuestión abierta de investigación se ha planteado para la construcción de defensas en las poblaciones nodales bajoimperiales en la Hispania septentrional la existencia de dos fases planificadas, la primera entre las últimas décadas del siglo III y primeras del IV, para asegurar el transporte hasta el limes germánico de los impuestos annonarios cerealísticos (*annona militaris*), y una segunda fase ya más avanzado el siglo IV (Fernández Ochoa, y Morillo, «La muralla de Iruña», 739-740; Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 109,217,221; Fernández Ochoa, Morillo, y Salido, «Ciudades amuralladas y *annona militaris* durante el Bajo Imperio en Hispania»; Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 78-79). En el ámbito de la Galia este plan estratégico ha sido cuestionado: “Yet there is no reason to believe in a centrally directed regulatory action, arranging the building of all major and minor fortifications throughout the Roman provinces” (Jonasch, «The fortification of secondary settlements in late Roman Gaul», 310). Ante la incapacidad del estado central para defender las ciudades, quizás el decalaje detectado en ir amurallándose estas poblaciones haya dependido menos de directrices emanadas desde Roma y más de la capacidad económica de las distintas ciudades para financiarlo y ejecutarlo con un claro propósito de representar y materializar su propia seguridad al sentirse abandonadas por el poder central (“impressive fortifications, both as strongholds and showpieces”) como califica Jonasch a estos amurallamientos), explicándose que ciudades situadas en importantes nudos de comunicación y por tanto con una economía más activa fuesen las primeras en ir levantando sus murallas. En cualquier caso, se trata de un debate interesante y constructivo, que incentivará la investigación sobre esta época de profundas transformaciones. El hecho es que a finales del siglo III va desapareciendo el concepto de ciudad abierta para transitar al modelo compacto de ciudad amurallada bajoimperial, con todas sus consecuencias urbanísticas, simbólicas y funcionales.

25 “[Aureliano] ordenó a todas las ciudades del Imperio que se

verá reflejado en la legislación conservada<sup>26</sup>.

## 2.2. Emplazamientos

Encontramos que en época bajoimperial se fortifican una serie de ciudades destacadas (nodos importantes del entramado viario hispánico)<sup>27</sup>, pero también se amurallan poblaciones de menor tamaño en asentamientos situados sobre lugares altos y poco accesibles<sup>28</sup> que permitían ejercer un buen dominio del territorio<sup>29</sup> (como sucedía con Begastri y con Yecla la Vieja).

Un asedio en toda regla era largo y costoso, y emplazamientos defensivos encima de sitios escarpados e inaccesibles imposibilitaban al enemigo el uso de las máquinas de asedio complejas, que necesitaban entrar en contacto con la muralla (arietes como los descritos por Vitruvio<sup>30</sup>, y torres de asalto)<sup>31</sup>.

## 2.3. Cimentaciones

Lo ideal era que las estructuras de las murallas

---

*amurallasen y que en adelante cada una confiase en sus propias fuerzas. El poder central abdicaba*” (Montanelli, *Historia de Roma*, 147). “*During the fourth century many cities had to build new walls, or to reduce their old circuits, which were decayed and too extensive to maintain and to man*” (Jones, *The Later Roman Empire*, 736).

26 “Marco Aurelio ordenó que toda ciudad que deseara tener muralla, debía consultarlo con el Emperador (Digesto, L, 10, 6). En la misma línea, con Septimio Severo se legisla *Neque muri neque portae habitari sine permissu principis propter fortuita incendia possunt* (Digesto, XLIII, 6, 2). Según la *Historia Augusta*, Galieno, en su zona de soberanía, mandó reparar y fortificar algunas murallas de ciudades, pero no hay constancia legislativa de tal actuación. El afán constructivo de Diocleciano se refleja del mismo modo en los autores tardíos (Lander, 1984:164,184). Durante el siglo IV d.C. la preocupación por el cuidado de las murallas y el estímulo para su construcción mediante la participación ciudadana se recoge claramente en el capítulo 15 del *Codex Theodosianus* (Arce, 1982:73-74)” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [primera parte]», 228).

27 “Estas murallas fueron concebidas como defensa de nudos de comunicaciones o centros económicos” (Balil, «La defensa de España en el Bajo Imperio», 182).

28 “Se ha de procurar también mucho dificultar los asaltos con lo arduo del acceso al muro, conduciéndolo por parajes de precipicio”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafo 33 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 18).

29 Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 221.

30 Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro X, Capítulo XIX: De las máquinas opugnatorias, Párrafos 59-62 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 259). Ver también el Libro X, Capítulo XXI, Párrafos 75-76, 263.

31 En Yecla la Vieja, los campos de piedras hincadas delante de las murallas en las zonas más accesibles (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 129) servirían no solo de defensa contra la caballería, sino también frente al avance de torres de asalto y arietes sobre ruedas.

estuviesen firmemente cimentadas, con su base apoyada directamente sobre el substrato de roca natural del terreno<sup>32</sup> (así lo encontramos en Begastri<sup>33</sup>, en Yecla la Vieja<sup>34</sup>, en Segóbriga<sup>35</sup>, y en Mérida<sup>36</sup>), tanto por razones de resistencia estructural<sup>37</sup> (para evitar movimientos por asientos diferenciales)<sup>38</sup> como para eludir posibles

---

32 “Se cavará hasta hallar suelo firme si se puede”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de muros y torres, Párrafo 32 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 18).

33 “En cuanto a su cimentación, como ocurre en el resto de la muralla de la ciudad, el lienzo apoya directamente sobre la roca natural del cerro” (Molina, Zapata, y Peñalver, «Las actuales excavaciones de Begastri», 9-10; Molina, Zapata, Peñalver, y Durán, «La excavación y restauración de la puerta Oriental de Begastri», 111; Molina, et al., «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 72; Zapata, «Las murallas de Begastri», 127, 134). No obstante, en la memoria de la campaña de 2004 se describe un estrato de tierra anaranjada de época imperial que parece que sirve de base a la muralla (González Blanco, «Memoria informe de los trabajos de 2004», 77). Por tanto, es posible que en Begastri se den los dos casos de apoyos, según zonas.

34 Donde puede observarse el propio afloramiento rocoso en múltiples puntos a los pies de la cara exterior de la muralla.

35 Muralla tradicionalmente considerada como *augustea* respondiendo a la integración jurídica de Segóbriga como *municipium iuris Latini* (Abascal, y Cebrián, «Las murallas romanas de Segóbriga», 538, 541-543), cuyo origen se plantea ahora como cesariano (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 87), con relleno interior de tierra entre dos hojas de fábrica de piedra (AbascaL, y Cebrián, «Las murallas romanas de Segóbriga», 534-535) y cimentación apoyada directamente sobre la roca natural (Cebrián, «Segóbriga, municipio romano», 26-27).

36 “Está realizado mediante dos fosas laterales excavadas en la roca natural, levantándose a partir de ahí las caras con su relleno de *opus caementicium*” (Palma, «La muralla romana», 45).

37 La función de la cimentación es repartir las cargas al terreno, evitando que éste último colapse por un exceso de presión que lo rompa (y apoyando su base directamente sobre roca, se garantiza que el peso del muro será resistido por dicha roca). Asimismo y en casos de empujes laterales, el muro no puede deslizar sobre el terreno (esto se consigue por rozamiento, y eludiendo siempre planos inclinados a favor del deslizamiento). Por esto último, cuando el muro se va a construir apoyando sobre la roca inclinada de un cerro, es necesario cajarla previamente en bandejas o escalones en toda su base antes de levantarla, para conseguir apoyos horizontales y evitar el posible deslizamiento del muro.

38 Actualmente para el cálculo de estructuras los movimientos por asientos diferenciales están limitados según normativa en el Documento Básico SE-C (Seguridad Estructural Cimientos) del Código Técnico de la Edificación CTE, véase el punto 4.4 *Asiento de las cimentaciones directas*, que a su vez remite a distintas tablas y Anexos de la citada normativa. No obstante, muros pétreos realizados en seco o bien recibidos con mortero de cal, son menos rígidos que los muros actuales de piedra o de ladrillo recibidos con mortero de cemento o que los realizados en hormigón armado, y por tanto al ser menos rígidos resultan más aptos para plastificar o deformarse progresivamente sin rotura si se van sometiendo a muy pequeños movimientos repartidos en el tiempo (los problemas por asientos diferenciales en estructuras antiguas se manifiestan especialmente cuando hay arcos o bóvedas de por medio, lo que no

minados<sup>39</sup>, aunque cimentaciones encontradas en murallas de otras poblaciones relevantes no siempre respondían a este modelo<sup>40</sup>.

#### 2.4. Proporciones

Se trata de muros que trabajan a compresión por gravedad<sup>41</sup>, siendo empírico el procedimiento de cálculo, sancionado por la práctica y fijado mediante proporciones geométricas<sup>42</sup>. La muralla era una estructura preparada para soportar cargas dinámicas (impactos de proyectiles de artillería<sup>43</sup> y golpes de ariete)<sup>44</sup> por lo que no podía irse a un dimensionado estricto limitado a sollicitaciones estáticas, y debían considerarse criterios más conservadores que los empleados para los muros de carga de un edificio civil<sup>45</sup>.

Por las alturas de murallas bajoimperiales<sup>46</sup> actualmente conservadas en algunas ciudades, no sería frecuente<sup>47</sup> superar la proporción de 2:1<sup>48</sup> entre la altura del adarve (o paseo de ronda) y la anchura de la base<sup>49</sup> (sin computar los posibles sobrecargos de cimentación), documentándose en la muralla de Lugo una menor relación de 3:2<sup>50</sup> (refiriéndonos a medidas sobre rasante de la fábrica de piedra en los lienzos rectos o cortinones, no considerando en esa relación probables sobreconstrucciones apantalladas con estructuras de madera en baluarte ni pisos levantados sobre las torres por encima de la cota del adarve).

Véase el esquema adjunto (Fig. 1) basado en los anchos existentes y en las mayores alturas conservadas que se han documentado (niveles de coronación que en algún caso podrían ser en origen superiores a los

---

es el caso). De cualquier modo, la cimentación directa y continua sobre rocas duras y poco diaclasadas evitará completamente los posibles movimientos de la estructura por asientos diferenciales.

39 Técnica de minado bajo murallas ya empleada en la época: Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro X, Capítulo XXII: Conclusión de la obra, Párrafos 85-86 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 265-266).

40 “Los cimientos, constatados sólo en Barcino, Gerunda, Legio, Asturica Augusta, Gijón y Lucus Augusti, suelen asentarse con una mínima preparación del terreno, sin alcanzar excesiva profundidad” (Fornell, «Las murallas romanas de Jaén», 6).

41 Básicamente con carga a peso propio (pues comparada, la sobrecarga de uso es de un orden mucho menor); aunque rellenos interiores no conglomerados podían generar empujes laterales hacia ambas hojas, como en su caso también los rellenos de nivelación y edificación de la meseta del cerro generaban empujes laterales hacia la muralla perimetral que sujetaba dicha plataforma.

42 Proporciones constructivas que aunque en la obra de Vitruvio son abundantes, en sus libros no se especifica relación alguna para espesores y alturas de murallas.

43 Se trata de artillería de torsión (Iriarte, «Introducción a la artillería de torsión»). Véase también: Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro X, Capítulo XV: De las catapultas, Párrafos 45-49 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 254-256).

44 Ya mencionaba Vitruvio con un ejemplo el efecto de los arietes/artillería en las estructuras defensivas: “Las torres serán redondas o polígonas, porque las cuadradas padecen mayor daño con las máquinas”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafo 36 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 19).

45 Curiosamente, el margen de seguridad adoptado (o sobredimensionado de una estructura) cambia con el espíritu más optimista o pesimista que pueda caracterizar a una época: en tiempos de estabilidad y crecimiento las estructuras tienden a apurarse, a hacerse alarde de sus límites; y paradójicamente en momentos tanto bélicos como de crisis sistémica y desánimo vital, las estructuras suelen sobredimensionarse en exceso. Por tanto, el grado de esbeltez de una muralla respondería no solo a criterios técnico-constructivos sino también psicológicos. Y esto coincide con los datos de los que disponemos: murallas bajoimperiales son menos esbeltas que estructuras anteriores altoimperiales y posteriores visigodas.

---

46 “Se construyen lienzos de gran espesor (5-7 m) y altura (10-12 m) con puertas reducidas fortificadas y reforzados mediante bastiones cuadrados o ultrasemicirculares proyectados hacia el exterior y regularmente repartidos y con escaleras interiores de acceso al camino de ronda” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 99).

47 Un técnico en la construcción ha propuesto 12m de altura para el muro de 5m de ancho de Begastri (Alcázar Pastor, «Las murallas de Begastri», 11), que seguramente sea una estimación demasiado optimista. Sin embargo, encontramos esa proporción en la muralla visigoda de nueva planta de Recópolis (finales siglo VI) aunque con muros de menor espesor (entre 1.80 y 2.10m) que presentan gran esbeltez: “La altura máxima conservada hasta ahora es de 5 m lo que confirma un alzado mayor de la obra original” (Gómez de la Torre-Verdejo, «La muralla de Recópolis», 82).

48 Sobre la muralla tardoimperial de Conímbriga (Condeixa-a-Velha, Portugal): “El ancho de la muralla es de unos cuatro metros y en algunos puntos alcanza los 8 de altura (Correia, 1940-1, 262-3)” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [segunda parte]», 326). Una proporción algo menos esbelta la encontramos en la muralla aureliana de Roma, con forros de fábrica de ladrillo cerámico (de peor resistencia a la compresión que los muros de piedra) y núcleo cementado de hormigón puzolánico (material de mayor resistencia que los núcleos con cal hidráulica empleada en Hispania), estructura que originalmente antes de los recrecidos o levantes posteriores presentaba un ancho de 3.65 m para una altura de adarve de 6.10 m (Watson, *Aurelian and the Third Century*, 147; Fields, *The Walls of Rome*, 32), donde asimismo queda documentada su ejecución por los gremios civiles (*collegia*) de la ciudad.

49 “Basándonos en los datos cuantitativos disponibles para las murallas hispano-romanas mejor conocidas, podemos establecer que los lienzos alcanzaban un espesor medio entre 3 y 5 m. –aunque hay excepciones que lo superan–, y que su perímetro estaba salpicado de torres de vigilancia, unas veces de planta cuadrangular y otras semicircular” (Fornell, «Las murallas romanas de Jaén», 7).

50 Para la muralla de Lugo se ha propuesto una modulación de 45 pies o 13.50m, coincidiendo este módulo con el diámetro de torreones, así como con la separación entre torreones (longitud vista de cortinones), siendo medio módulo el espesor de los muros rectos o cortinones, y  $\frac{3}{4}$  de módulo la altura de la muralla (Alcorta, «La muralla de Lugo», 45-47), resultando así una relación altura/base de 3:2. A este respecto, veremos que núcleos no cementados penalizaban la altura respecto a núcleos cementados de igual anchura.

conservados), donde se comparan las proporciones de los dos sistemas empleados en época bajoimperial con la muralla visigoda de nueva planta de Recópolis, esta última de unos 2m de ancho y tanto con los muros-forro (de sillares) como los núcleos interiores (de mampuesto, sillarejo y cantos) cementados con mortero hidráulico de cal<sup>51</sup>.

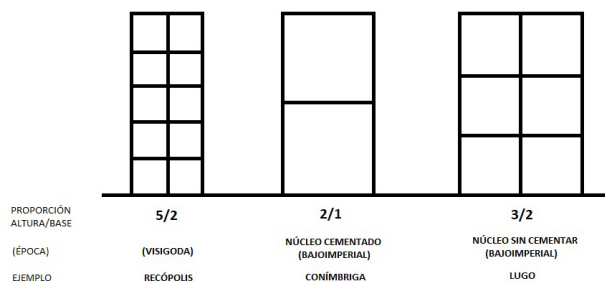


Figura 1. Esquema comparativo de las proporciones geométricas en distintas murallas.

## 2.5. Sistema constructivo

En época romana, el esquema murario defensivo empleado en la península ibérica estaba basado en modelos anteriores de doble hoja y relleno interior<sup>52</sup> como el emplekton griego (*opus emplectum*)<sup>53</sup> y el *murus gallicus*<sup>54</sup> de los celtas; constaba de un doble forro de piedra (levantado a una cara vista en cada hoja) y de un núcleo interior colmatado mediante rellenos pétreos (en seco, o en húmedo amalgamados con tierra/arcilla o bien conglomerado con cal hidráulica), en ocasiones atados ambos forros mediante muretes transversales intermedios<sup>55</sup>.

51 Gómez de la Torre-Verdejo, «La muralla de Recópolis».

52 En Begastri se han documentado en el interior de la parte oeste de la muralla restos de las antiguas defensas ibéricas del siglo IV a.C., mediante lo que podría ser una doble hoja de piedra ciclópea recibida a hueso y relleno interior de arcilla (Molina, y Zapata, «Nuevas contribuciones al urbanismo tardío de Begastri», 139, lám.1). “En época ibera, el sistema constructivo es el aparejo ciclópeo, sobre el manto rocoso de ofitas, siendo utilizado como cimentación del conjunto, como se observa en la torre del lado norte de la Puerta Oriental” (Durán, et al., «Las consolidaciones de Begastri», 319).

53 Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro II, Capítulo VIII: De las diversas maneras de edificar, Párrafos 25-26 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 44-45).

54 Julio César, *De Bello Gallico*, VII, 23.

55 “En su construcción se irá metiendo espesos leños o trozos de olivo tostados, para que atando con ellos, como trabas, las dos caras del muro, tengan duración eterna”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafo 35 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 18). “Y a más de eso meten también algunos perpiños [piedra o sillar que atraviesa todo el espesor del muro] con cara a los dos cabos, que toman toda la pared, y abrazan sus dos paramentos, llamados diatonos, los cuales atan maravillosamente la solidez de las paredes”, *Ibid.*, Libro II, Capítulo VIII: De las diversas maneras de edificar, Párrafo 26, 45. Entre otros

Por secuencialidad constructiva<sup>56</sup> se trabajaría en horizontal por secciones o tajos, donde en cada tramo se alzaría una pequeña altura de ambos muros-forros que a su vez harían de encofrado perdido, y luego se rellenaría su interior por tongadas de material (con o sin mortero hidráulico), para pasar a repetir sucesivamente el proceso levantando poco a poco toda la altura de la muralla<sup>57</sup>.

Aunque en cada caso concreto puedan llegar a distinguirse las diferentes intervenciones cronológicas, los cambios constructivos serán progresivos y no excluyentes, por lo que solo podemos apuntar ciertas generalidades en el modo común de construir para diferenciar entre murallas romanas tardorrepublicanas (normalmente de menor espesor, y todavía sin núcleos cementados), altoimperiales (también de menor espesor, pero ya aparecen los núcleos cementados<sup>58</sup>,

ejemplos, en la muralla romana de Lugo encontramos muretes transversales de piedra de pizarra atando las dos hojas exteriores: “La globalidad de la estructura muraria que conforma nuestra muralla se articula mediante muros tirantes internos complementados por rellenos, cosidos a los paramentos externos” (Alcorta, «La muralla de Lugo», 15), así como muretes radiales en el interior de las torres semicirculares: “en la parte inferior del semicírculo, se conservaron una serie de muros radiales, siete en este caso, que constituían el empujamiento interno de la estructura del cubo” (*Ibid.*, 16, fig.21-22).

56 Richmond, *The City Walls of Imperial Rome*, 60.

57 Este sistema supone un trabajo en horizontal por tajos o tramos de lienzo de muralla, cuyas juntas constructivas entre tajos de diferentes cuadrillas se han identificado en la muralla romana de Lugo: “Como es lógico y debido a la longitud del monumento y su distribución mediante cuadrillas de operarios que levantaron la Muralla, ésta se sectorizó para ir levantando simultáneamente partes importantes de la misma. Para ello se diseñaron una serie de entramados de juntas de trabajo que separaban-unían los diversos trabajos de las cuadrillas” (López de Rego, «La muralla de Lugo, sistema constructivo», 80). “En los paramentos exteriores estos puntos de contactos se quedarían reflejados en una serie de juntas estructurales, perfectamente perceptibles, que se alzan en toda o parte de la altura de las hojas” (Alcorta, «La muralla de Lugo», 16). Las juntas de trabajo terminan convirtiéndose en juntas de dilatación, lo que junto con una cierta flexibilidad de la estructura y las discontinuidades de la misma (quebríos y elementos singulares como puertas que interrumpen la directriz recta) resuelven así el problema de los movimientos térmico-reológicos en un elemento lineal y masivo tan largo.

58 En la península itálica hay construcciones monumentales en hormigón puzolánico desde el siglo II a.C. (la puzolana es una roca piroclástica de la zona de Pozzuoli junto al Vesubio, rica en componentes silíceos o aluminosilíceos que reaccionan con el hidróxido de calcio o cal hidratada para producir una cal hidráulica); pero en Hispania no disponíamos geología volcánica de donde extraer un material semejante, por lo que tuvo que irse experimentando con la cal aérea, consiguiendo añadirle arcillas calcinadas para poder transformarla a cal hidráulica, lo que por los resultados observados parece que se logró con una cierta generalización en época augustea (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 107). Más adelante se tratará este tema técnico de la hidraulicidad con mayor detalle.

y en algunas murallas como en Cástulo y en la ampliación adrianea de Itálica se dispone de torreones a intervalos regulares), bajoimperiales (ahora con mayores espesores, frecuentemente pero no siempre jalonadas con torreones, y con núcleos cementados o no), visigodas (muchas veces levantadas sobre murallas bajoimperiales romanas<sup>59</sup>, en caso de murallas de nueva planta suelen presentar espesores menores<sup>60</sup>) y medievales<sup>61</sup> (donde se abre todavía más el abanico de técnicas y materiales constructivos empleados), integrando todas ellas la evolución en el tiempo de una misma tradición constructiva<sup>62</sup> (acervo edificatorio evidentemente sometido a distintas y variadas influencias), y donde será habitual encontrar sobre una misma muralla actuaciones correspondientes a fases temporales diferentes.

## 2.6. Tipos de forros

Los muros-forro de las murallas bajoimperiales hispanorromanas mostraban un aspecto muy sólido, levantados mediante fábrica pétreo careada al menos al exterior, no encontrándose en este periodo estructuras de adobe<sup>63</sup> ni de tapial (empleadas anteriormente

en la arquitectura defensiva del mundo indígena prerromano y en época republicana<sup>64</sup>, y posteriormente en el ámbito hispanomusulmán<sup>65</sup> se haría un gran uso del tapial, cementado o no) ni de fábricas de ladrillo cerámico<sup>66</sup> (material muy utilizado en la cultura romana, como tenemos precisamente en la muralla aureliana de Roma o en numerosos amurallamientos bajoimperiales en la Galia, pero que aparentemente en la *Hispania* tardorromana no sería usado para la edificación de murallas defensivas)<sup>67</sup>.

Este aparejo pétreo de los muros-forro podía estar recibido en seco (como el de granito concertado colocado a hueso con la técnica del *opus siliceum* de Yecla la Vieja), o bien ir trabado mediante juntas de mortero de cal (como en la muralla primero de bloques de caliza y luego de arenisca de Begastri, o de pizarra en Lugo). La clase de material empleado dependerá de su disponibilidad en las canteras locales<sup>68</sup>, y asimismo el tamaño y la labra de la piedra serán muy variables, encontrándose muros-forros de sillares, de sillarejo, de mampostería, y sus distintas combinaciones<sup>69</sup>.

59 Por ejemplo, en Begastri se diferencian por las canteras de suministro: la muralla bajoimperial se levantaba con sillares de piedra caliza dolomítica, mientras que las ampliaciones visigodas además de reutilizar material de derribo romano (pues se reconstruirían las edificaciones interiores de la acrópolis) usaban piedra procedente de una cantera de arenisca caliza, aunque el sistema constructivo era prácticamente idéntico en ambos periodos.

60 Como ya se comentaba sobre Recópolis, o como en el muro del recinto inferior visigodo de Begastri, y como la barbacana visigoda de la puerta Este de Begastri.

61 El mundo islámico empleará murallas de tapial (encofrados, bien con tierra, bien con mortero de cal, o bien con hormigón de cal), así como usará el ladrillo, pero el resto de los sistemas constructivos seguirán siendo muy parecidos y vendrán a constituir una evolución de la tradición constructiva anterior, hasta el punto de encontrarse casos donde no se diferencian las murallas islámicas de las romanas: “En nuestro estudio que damos a continuación de la murallas árabes de Occidente veremos desfilar todas las peculiaridades edilicias tomadas o aprovechadas de civilizaciones precedentes, empezando por la fragua del aparejo de los sillares hasta tal punto construidas las murallas que los más expertos estudiosos de las mismas no acaban de darnos una visión clara sobre donde termina Roma y empieza el Islam” (Pavón, «Murallas de sillares de ciudades y fortalezas iberomusulmanas», 10). Aunque puedan definirse particularidades, algo parecido pasará en parte del mundo medieval con árabes y cristianos: “en Levante nunca se sabe cuándo los muros son árabes o cristianos ya que los mudéjares siguieron haciendo construcciones para los cristianos con los mismos procedimientos constructivos y sistemas de sus ascendientes de raza y religión” (Pavón, «Murallas de tapial, mampostería, sillarejo y ladrillo en el islam occidental», 40).

62 “There were local techniques of building, dictated by the materials available and by age-old tradition” (Jones, *The Later Roman Empire*, 1016).

63 Hay claros indicios de estructuras superiores de adobe caídas, tanto en la muralla como en alguno de sus torreones de la fase

celtibérica de Contrebia Leukade (Hernández Vera, «Contrebia Leukade», 66-67, 70).

64 En Cartagena, muralla púnica de tapial/adobe, y posteriormente en la muralla republicana del siglo II a.C. en el Cerro del Molinete con alzado seguramente de adobe (Noguera, Madrid, y Velasco, «Novedades sobre la *arx Hasdrubalis* de *Qart Hadast* [Cartagena]», 485, 491, 493-494, 498-500, 502). Igualmente, la muralla púnica de Tossal de Manises se modifica en el siglo I a.C. con alzado de adobe (Olcina, Guilabert, y Tendero, «Fortificaciones tardorrepublicanas de Lucentum», 129-135). En Itálica, se describe una muralla de finales del siglo II a.C. a principios del siglo I a.C. con núcleo de adobe y forro exterior de piedra posteriormente expoliada (Jiménez, Rodríguez, e Izquierdo, «Novedades arqueológicas adrianeas», 278, 281-282).

65 Pavón, «Murallas de tapial, mampostería, sillarejo y ladrillo en el islam occidental».

66 Aunque se describe un aparejo de *opus vitatum* para la muralla de Conímbriga (Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [segunda parte]», 326), composición donde se alternan hiladas de piedra con otras de ladrillo.

67 Con el objeto de transmitir adecuadamente su mensaje, las murallas no solo debían de ser sólidas, sino también parecerlo; de ahí la elección de la piedra (de origen local o suficientemente cercano) para mostrar su imagen (en detrimento de otros materiales constructivamente válidos pero de aspecto menos resistente).

68 “En orden a los materiales de lo que se deben edificar los muros, no podemos dar regla fija, por no hallarse en todas partes los que deseamos; pero donde hubiere piedra de corte, pedernal, o segmentos, ladrillo cocido o crudo, se podrá usar”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafo 39 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 19-20).

69 “Empleando piedra local o traída de canteras próximas gracias a la fácil obtención de cantos de buena calidad en Hispania. Dentro de esta aparente uniformidad técnica se observan notables variantes desde el punto de vista del tamaño de los sillares, la calidad de su talla, de su acabado o del sistema de trabazón” (Fornell, «Las murallas romanas de Jaén», 7).



## 2.7. Tipos de rellenos interiores

Estructuralmente, los rellenos cohesionados del núcleo central (conglomerados mediante mortero hidráulico de cal<sup>70</sup> u *opus caementicium*, como en Begastri)<sup>71</sup> soportaban alturas mayores de muralla que los rellenos sin cementar que trabajaban solo a rozamiento interno sin conglomerante de cal hidráulica (Yecla la Vieja, Inestrillas, Zaragoza, Mérida<sup>72</sup>, e incluso podríamos decir que también Lugo<sup>73</sup>) y que por ello en

70 El endurecimiento de la cal aérea es muy lento y lo hace progresivamente, la cal apagada o hidróxido de calcio Ca(OH)<sub>2</sub> puede tardar muchos años en ir cristalizando completamente por carbonatación hasta convertirse en carbonato de calcio o calcita CaCO<sub>3</sub>, pero para ello precisa de la presencia de aire (en realidad del CO<sub>2</sub> del aire, y así poder carbonatarse); por tanto, la cal empleada en el interior de gruesos muros de varios metros de espesor no podría ser cal aérea y debería consistir en cal hidráulica (que no necesita del contacto con el aire y puede fraguar sumergida en agua, producto más complejo obtenido mediante la adición de silicatos en el proceso de horneado, tradicionalmente elaborada con una parte de arcilla [silicato hidratado de alúmina] y cuatro de caliza, calcinadas y molidas). De ahí que en algunas murallas (como en la de Lugo) se emplease mortero de cal aérea como ligante en los muros-forros (cal que tenía que traerse ex profeso para ello desde cierta distancia) pero esta escasez explica que en cambio el relleno del núcleo estuviese prácticamente recibido en seco. Vitruvio (quien escribió su tratado de arquitectura en los primeros años del reinado de Octavio Augusto como emperador, hacia el 25 a.C.) aunque sí que tiene un capítulo en el que describe la puzolana (polvo volcánico con el que se elaboraban hormigones de cal hidráulica), parece que no diferencia entre cal aérea para enlucidos y cal hidráulica, pero recomienda añadirle polvo molido de ladrillo cerámico cocido (producto llamado chamota, compuesto básicamente por silicatos y alúmina), aditivo tradicional que sabemos que le confiere al mortero de cal aérea una cierta hidraulicidad: “Si a la arena de mar o de río se añadiese una tercera parte de polvos cernidos de ladrillo cocido, hará una mezcla de mucha mejor calidad”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro II, Capítulo V: De la cal, y elección de la piedra para cocerla, Párrafo 15 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 36).

71 Lo que requiere un curado de la cal hidráulica con agua, regando y dejando secar para regar de nuevo: “Así, la manera de curar un hormigón de cal es: regarlo a menudo y poco para que se moje y se seque, se moje y seque” (Rosell, y Bosch, «Hormigones de cal: nuevos “viejos” materiales», 80, fig.4).

72 “En Inestrillas, Caesaraugusta y Emerita, el hormigón deja paso a un simple núcleo de piedras de distintos tamaños unidas con tierra” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Fortificaciones urbanas [segunda parte]», 340).

73 En la muralla de Lugo el relleno interior no carece completamente de mortero de cal, pero las tongadas de relleno interior de material suelto sin mortero apenas estaban cubiertas por una camada de horizontalización de mortero de mala calidad: “las camadas [del relleno interior] prácticamente carecen de amalgamante mientras que para asegurar la hilada de coronamiento se emplea un mortero amarillento, arenoso y poco consistente, y por tanto permeable” (Alcorta, «La muralla de Lugo», 20, fig.16). De hecho, al no estar cementado el núcleo de la muralla, su interior necesitó de un sistema de drenaje, como ha sido descrito (López de Rego, «La muralla de Lugo, sistema constructivo», 103-105). Este último autor considera que, excepto en las zonas de drenajes, el relleno interior

varios casos muestran caras algo ataluzadas con vertido interno. Vemos así que en la época bajoimperial coexisten ambos sistemas constructivos, básicamente dependiendo de la disponibilidad local en el suministro de cal hidráulica<sup>74</sup>.

## 2.8. Torreones

Las murallas bajoimperiales rodeando ciudades relevantes (Barcelona, Gerona, Gijón, Iruña-Veleia, León, Lugo, Tarragona, Zaragoza, etc.) estaban reforzadas mediante torreones-cubos semicirculares y/o cuadrados<sup>75</sup>, colocados repetitivamente y sobresaliendo hacia el exterior, quedando unidos estos torreones por entrepaños rectos de muralla o cortinones. Además de su papel de atalaya de mayor altura y de su evidente función bélico-defensiva (permitiendo tanto enfilarse los cortinones<sup>76</sup>, como facilitando el ataque al torreón colindante si había sido tomado según indicaba Vitruvio<sup>77</sup>, así como haciendo viable el emplazamiento de máquinas pesadas de artillería<sup>78</sup>), estructuralmente

de esta muralla sí que estaba recibido con mortero de cal, pero a su vez reconoce que se empleó cal aérea que endurece en contacto con el aire, aunque reporta que al mortero de cal, además de arena se le habían añadido trozos de ostras y de ladrillos machacados (*Ibid.*, 75, 78-79), siendo estos aditivos un intento de darle algo de hidraulicidad a dicha cal. “No existen afloramientos cercanos de caliza de los que obtener la cal de mortero necesaria y en las cantidades requeridas. Las más cercanas se situarían en los municipios de Portomarín y Castrovirre” (Alcorta, «La muralla de Lugo», 17).

74 El paisaje litológico peninsular se divide en: roquedo silíceo (o granítico, aunque también comprende el esquisto, la cuarcita y la pizarra), roquedo calizo (o calcáreo), y arcilloso (o sedimentario, con arcillas, margas, arenas). En una mayoría de casos, las áreas calizas suelen estar rodeadas de zonas arcillosas, y por tanto separadas de las graníticas. Históricamente, los materiales constructivos de la arquitectura vernácula muestran una estrecha correspondencia con su disponibilidad local (o al menos regional): al no haber grandes ríos navegables, el transporte de materiales de construcción se limitaba a carros y carretas. En España, el cemento Portland no se empezaría a producir industrialmente en horno continuo hasta mediados del siglo XIX, y el advenimiento del ferrocarril facilitaría su transporte a grandes distancias (en sus inicios, una parte significativa de la producción cementera vasca se emplearía en las obras del Canal de Isabel II para abastecer de agua a la capital del reino).

75 “La presencia de torres cuadrangulares es un fenómeno que se inicia en la península en el siglo VI a.C. de la mano de la colonización fenicia y que se generaliza durante los siglos V y IV en toda el área ibérica, vinculado a las colonizaciones griega y púnica (Moret, 1996:112-113). En el ámbito celtibérico su presencia se documenta más tarde, en un momento avanzado, nunca anterior al siglo III a.C. (Lorrio, 1997:82)” (Hernández Vera, «Contrebia Leukade», 71).

76 Balil, «La defensa de España en el Bajo Imperio», 183.

77 Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafos 33 y 36 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 18-19).

78 Valerie Benvenuti plantea que los torreones se construyeron precisamente para instalar sobre ellos maquinaria pesada de artillería (Benvenuti, «The Introduction of Artillery in the Roman

(al limitar el torreón el pandeo de los tramos rectos o cortinones) estos cuerpos añadidos posibilitaban una mayor altura/resistencia de las propias murallas<sup>79</sup> que las defensas de muro continuo sin torreones.

Vemos por tanto las razones constructivas y funcionales que justifican estos torreones, que encontramos en la gran mayoría de los sitios poco elevados y por tanto más expuestos a ataques (reforzándose entonces las defensas con fosos y taludes). Sin embargo, en emplazamientos ariscos con pendientes significativas, el saliente de los torreones y su apoyo más exterior en un firme de roca viva más bajo e inclinado supondría multiplicar la altura de la fábrica pétreo, con los problemas estructurales de esbeltez excesiva que ello conlleva, por lo que en lugares así (como sucede precisamente en Begastri<sup>80</sup> y en Yecla la Vieja<sup>81</sup>) no se han encontrado torreones cada pocos metros<sup>82</sup>. Se adjunta croquis en sección donde vemos que la construcción de torres sobresaliendo del paño de la muralla no aporta grandes mejoras defensivas; pero siendo caras y complicadas, estas torres pueden constituir puntos débiles por la excesiva altura de sus muros frontales (Fig. 2), dibujo esquemático donde se han obviado los posibles elementos situados por encima de la cota del paseo de ronda, como petos, almenas, pantallas y baluartes.

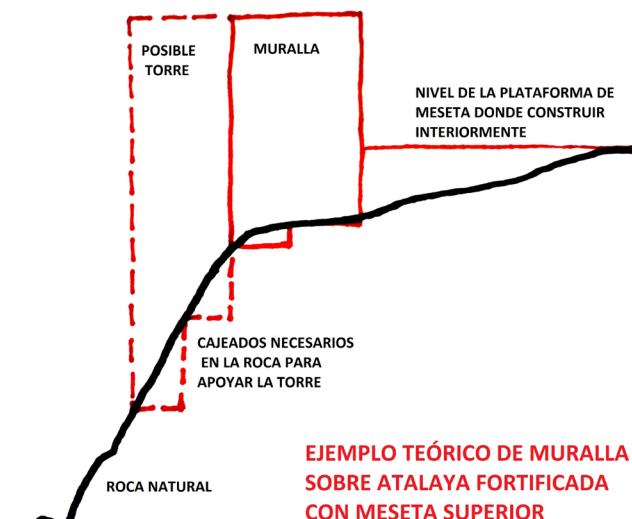


Figura 2. Croquis con ejemplo hipotético de lateral de atalaya fortificada.

### 2.9. Simbolismo

Mencionando la tríada de cualidades de la arquitectura vitruviana (*firmitas, utilitas, venustas*), insistir en que no puede hacerse una interpretación meramente constructivo-funcional y olvidar el componente simbólico de la monumentalidad<sup>83</sup> de una muralla con torreones (o bien sin ellos pero elevándose sus muros sobre una colina, como en los casos de Begastri y de Yecla la Vieja), amurallamiento en el que la ciudad bajoimperial vierte todo su esfuerzo colectivo<sup>84</sup>, y que la identifica y la representa. Tras la crisis del siglo III se ha perdido en gran parte la universalidad del espíritu cívico romano de ciudades abiertas, amurallándose las urbes para cerrarse sobre sí mismas y guarecerse, replegándose sobre su propia identidad. Ya no se erigían monumentos ni se hacían nuevas obras de infraestructuras como antaño, e incluso los grandes edificios públicos han dejado de mantenerse<sup>85</sup>; físicamente las ciudades mostraban un

World», 199-207). Fortificaciones que carecen de cubos/torreones dispuestos periódicamente en sus murallas parece que dispondrían de maquinaria bélica defensiva de menores dimensiones, como en Begastri: “este tipo de fortificaciones está construido en función de una guerra sin mucha maquinaria como armamento” (García de Aguinaga, y Vallalta, «Fortificaciones y puerta de Begastri», 55).

79 Vitruvio recomienda anchos de cortinones iguales a diámetros de torreones, que es precisamente la modulación seguida en Lugo: “Por la parte interior de las torres se dividirá el muro con intervalos tan anchos como las torres mismas”, Vitruvio, *De Arquitectura*, Libro I, Capítulo V: De la construcción de las murallas y las torres, Párrafo 36 (edición de 1787, traducción de José Ortiz y Sanz, 19). Sobre la muralla de Lugo: “La relativa endeblez de los entrepaños de la muralla hace imprescindible levantar simultáneamente con los mismos, como mínimo, algunas torres” (López de Rego, «La muralla de Lugo, sistema constructivo», 82).

80 En todo el trazado de muralla de Begastri, hasta ahora apenas hay documentadas tres torres, dos vinculadas a ambos laterales de la puerta Este, y una tercera torre al Norte relacionada con la ampliación visigoda de un nuevo trazado de muralla de 1m de espesor delimitando el llamado “recinto inferior” (Zapata, «Las murallas de Begastri», 134).

81 De modo análogo a Begastri, parece que la muralla de Yecla la Vieja también disponía de torreones o estructuras similares a los lados de las puertas: “Con bastiones que flanquean las puertas al recinto” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 129).

82 Algo similar sucedería en Conimbriga, donde parece que solo hay torreones en su muro Este (bajoimperial) que es su área más plana, pero donde la zona más escarpada de muralla se mantiene sin torreones en época tardoantigua.

83 “Dicha categoría se manifiesta también en la calidad de su construcción y su ornato y embellecimiento, que refuerzan su prestigio y status (Rebuffat, 1986)” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 85).

84 “The cities were always responsible for their own public buildings, including their walls” (Jones, *The Later Roman Empire*, 462). “La conservación de estas fortificaciones, su mantenimiento en perfecto estado, dependían también de las autoridades municipales” (Balil, «La defensa de España en el Bajo Imperio», 181).

85 “Del mismo modo y como un síntoma más del declive de la ciudad, los edificios públicos, y de espectáculos que daban tono a la ciudad, en la que esta se congregaba en torno a diferentes celebraciones, cayeron en una total inactividad y ruina, acusándose el descenso y acentuándose el mismo a medida que transcurrían los siglos IV y V d.C.” (Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis Hispaniarum»,

aspecto decadente, y sobre todo existía un sentimiento generalizado de desamparo y desprotección<sup>86</sup>. En tiempos de crisis y amenazas inciertas, donde el poder central no era capaz de garantizar la estabilidad de las fronteras, para un asentamiento urbano el ofrecer una potente imagen de seguridad suponía un reconocimiento importante, e indudablemente este prestigio asociado<sup>87</sup> se convertiría en motivo de competencia entre las distintas ciudades<sup>88</sup>. La monumentalidad de la construcción de las nuevas defensas se potenciará especialmente en las puertas principales (flanqueadas por impresionantes torres)<sup>89</sup>, acentuando su contenido simbólico<sup>90</sup> de paso desde un espacio abierto, expuesto e inseguro, hacia un ámbito cerrado, seguro y protegido<sup>91</sup>.

Toda esta nueva significación (que traduce a imagen monumental el poder de las élites locales)<sup>92</sup> constituirá una de las principales causas del proceso de amurallamiento de los núcleos urbanos peninsulares en el clima de inseguridad y sentimiento de abandono por el poder central desde finales del siglo III y en el IV, tratándose en muchos casos de muros que posteriormente tendrán la oportunidad de mostrar su idoneidad bélico-defensiva.

Serán lecturas que, recuperando la percepción

183).

86 “Y es que el peligro, que generaba esa sensación de indefensión entre la población, fue una realidad palpable en época tardorromana en tierras hispanas” (Ibid., 177).

87 “Rebuffat ya había puesto en cuestión el carácter estrictamente defensivo de las murallas tardías, resaltando otras posibles causas, como el deseo de la ciudad de manifestar su propio prestigio (...) los encintados urbanos constituyeron también una manifestación del enriquecimiento y prestigio municipal alcanzado por determinados centros civiles, tal y como ocurre en los siglos precedentes” (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército y amurallamiento urbano», 204).

88 Algo que se ha dado en todos los tiempos: “La búsqueda de la monumentalidad, como transformadora de la imagen urbana, se presenta como una de las tendencias en el proceso competitivo territorial” (Vila, «La monumentalidad a través de la imagen», 10).

89 Balil hablando de la puerta de Veleia (Iruña): “Este sector de la puerta ofrece un aspecto grandioso, algo teatral” (Balil, «La defensa de España en el Bajo Imperio», 191).

90 Algún autor ha presentado como incompatibles u opuestas las hipótesis de motivaciones simbólicas con las defensivas, cuando precisamente sería todo lo contrario y pueden ser perfectamente complementarias.

91 Nótese que una puerta monumental incide en su aspecto exterior (desde fuera del recinto amurallado), no en su visión desde el interior: lo importante es el entrar en la ciudad, que es para lo que se emite el mensaje simbólico.

92 “La fortificación de algunas ciudades, ubicable entre el siglo III y el IV, dotando de un signo distintivo sólo algunos de los centros urbanos ya existentes, proporcionaba materialmente el instrumento de una nueva y diversa organización jerárquica de las ciudades en el interior de un territorio” (La Rocca, «El espacio urbano entre los siglos VI y VII», 10).

simbólico-espacial de los antiguos *oppida* donde la muralla delimitaba el dentro-fuera conceptual e identitario pero ahora ampliando su escala con un factor de monumentalidad, se mantendrán durante varios siglos y básicamente no cambiarán en las épocas siguientes<sup>93</sup>.

### 3. Begastri

Se trata de un yacimiento situado sobre la colina ovalada del Cabezo Roenas<sup>94</sup>, dentro del término municipal de Cehegin (Murcia).

Sus orígenes se remontan a un primer asentamiento fortificado íbero en la meseta superior del cerro desde el siglo IV a.C.<sup>95</sup>, posteriormente romanizado<sup>96</sup> y que crecería por sus laderas en época altoimperial. Sería promocionado a municipio romano<sup>97</sup> posiblemente ya en el siglo II<sup>98</sup> o como muy tarde en el siglo III<sup>99</sup>, conociéndose su nombre (Begastri) desde 1879<sup>100</sup>. A partir del siglo III (periodo de “anarquía militar”, crisis de poder que ya venía anticipada por una hiperinflación económica) las ciudades romanas fueron perdiendo población e influencia, con una disminución de la actividad mercantil y en beneficio de los asentamientos rurales (villas<sup>101</sup>) que potenciaban

93 El refuerzo de época visigoda en la puerta principal de Begastri, mediante la creación de una barbacana en L o antemuralla resultando así un intrincado acceso en codo, ofrecía un poderoso mensaje escenográfico (que reforzaba la impresionante visión de sus murallas blancas coronando el cerro), transmitiendo una gran sensación de seguridad a cada persona que entraba en la ciudadela por su recorrido casi laberíntico.

94 Topónimo del siglo XIX claramente indicativo de la existencia de ruinas, antes llamado Cabezo de la Muela (Zapata, «Las murallas de Begastri», 117).

95 González Blanco, et al., «La ciudad hispano-visigoda de Begastri», 1019; Muñoz, y Zapata, «Poblamiento y cultura material en época ibérica en Begastri», 182; Muñoz, y Zapata, «Materiales arqueológicos de época romana en Begastri», 189.

96 Fase ibero-romana durante los siglos II y I a.C. (Muñoz, y Zapata, «Poblamiento y cultura material en época ibérica en Begastri», 184).

97 Según se desprende de la epigrafía encontrada (García Jiménez, M.I., y Linares Beneyto, J., «Epigrafía de Begastri (avance)», 36-37; Espluga, Mayer, y Miró, «Epigrafía de Begastri», 51-52).

98 “Begastri, cuyo proceso de romanización culminará a lo largo del siglo II d. C. con la concesión de la municipalidad romana a partir de la implantación de las leyes flavias” (Muñoz, y Zapata, «Materiales arqueológicos de época romana en Begastri», 199).

99 Sobre el ara votiva que justifica la municipalidad de Begastri: “No sabemos en qué momento le fue concedido el derecho romano, pero se ha propuesto que la inscripción podría datarse en el siglo III d. C.” (Molina, et al., «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 66).

100 Fernández-Guerra, *Deitania y su cátedra episcopal de Begastri*, 6-10; Martínez Ortiz, «Begastri/Bigastro», 8-11.

101 Se ha excavado con detalle la Villa de los Villaricos (Mula, Murcia), con una primera fase desde mediados del siglo I pero que alcanzó su apogeo en los siglos IV y V, dedicada sobre todo

la producción agropecuaria para su consumo local (germen del sistema feudal). Culminando este proceso de decadencia urbana, en época bajoimperial y con la amenaza creada por las invasiones bárbaras, la ciudad se contrajo<sup>102</sup> hacia la parte alta del cerro amurallándose perimetralmente<sup>103</sup> (una mayoría de autores datan la muralla romana de Begastri hacia finales del siglo III o ya en el siglo IV)<sup>104</sup>, delimitando una ciudadela en la plataforma superior del promontorio. Posteriormente y ya bajo el dominio visigodo<sup>105</sup>, para hacer frente a la amenaza bizantina (conflicto greco-godo, 552-624) se reconstruirá<sup>106</sup> la acrópolis y se reforzarán

significativamente sus fortificaciones<sup>107</sup>, incluso ampliándose con una segunda línea de muralla que partía ladera abajo desde la torre norte y luego quebraba hacia el oeste<sup>108</sup>. Será ciudad episcopal<sup>109</sup> y, en cualquier caso, Begastri supondrá no solo un centro religioso<sup>110</sup> y administrativo sino un importante bastión militar del poder visigodo<sup>111</sup> frente al dominio bizantino<sup>112</sup>. Sin embargo, capitularía ante los árabes en el año 713 (Pacto de Teodomiro, o Pacto de Tudmir<sup>113</sup>), y sus murallas acabarán siendo demolidas “a pico y martillo” (posiblemente hacia el año 896)<sup>114</sup>. Todo esto marcará el inicio de su final, pues durante la época árabe se terminaría abandonando al irse trasladando

a la producción de aceite y vino, cuyas instalaciones industriales de prensado de oliva sufren un abrupto abandono hacia finales del siglo V o principios del VI (González Fernández, Fernández Matallana, y Zapata, «La villa romana de Los Villaricos», 89-113).

102 “La ciudad siguió existiendo, aunque más reducida en sus dimensiones” (González Blanco, «Begastri, ciudad visigoda», 117).

103 En algún trazado de la zona occidental, para levantar la muralla tardorromana se aprovecharían restos de las antiguas defensas ibéricas (Zapata, «Las murallas de Begastri», 127; Muñoz, y Zapata, «Poblamiento y cultura material en época ibérica en Begastri», 156-157).

104 La gran mayoría de estudios publicados (García Herrero, y Sánchez Ferra, «Íberos, Romanos, Godos y Bizantinos: el marco histórico de Begastri», 25; García de Aguinaga, y Vallalta, «Fortificaciones y puerta de Begastri», 101; González Blanco, «Begastri, presentación de la segunda edición», 18; González Blanco, «Begastri, ciudad visigoda», 115; González Blanco, *Urbanismo Romano*, 175; González Blanco, Molina, et al., «Begastri bajo el dominio árabe», 140; González Blanco, «Memoria informe de los trabajos del año 2004», 77; González Blanco, y Molina, «Begastri 2005, Informe preliminar», 104; Vizcaino, *La presencia bizantina en Hispania*, 410; Molina, Zapata, y Peñalver, «Las actuales excavaciones de Begastri», 12, 14-15) atribuyen la construcción de la muralla romana al último tercio del siglo III o bien ya al siglo IV (basándose tanto en los diversos indicios arqueológicos y estratigráficos como en la coherencia historiográfica); aunque recientemente se ha propuesto datarla en época altoimperial en el siglo I (Zapata, «Las murallas de Begastri», 128, 135, 139; Molina, et al., «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 72,75,106-107) a pesar de que las murallas del siglo primero documentadas en otros yacimientos eran fundamentalmente símbolo cívico de prestigio municipal (parece que Begastri no alcanzó su municipalidad hasta más tarde) y que las murallas del siglo I muestran muros de menor espesor que en época bajoimperial (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania», 92-97) precisamente por su función más simbólica de defensiva. Al estar en su mayor parte cimentada directamente sobre la roca, esta datación no resulta fácil, y debería ser especial objeto de investigación en futuras campañas arqueológicas para disipar definitivamente toda duda. En cualquier caso, quedan claras las sucesivas fases de la muralla de Begastri: trazas de la primitiva muralla ibérica, muralla romana (que entiendo de época bajoimperial, levantada a finales del siglo III o ya en el siglo IV), y su importante refuerzo y ampliación en época visigoda (desde el último cuarto del siglo VI o principios del VII) para hacer frente a la amenaza bizantina, hasta su demolición por los árabes al final del siglo IX.

105 “Habiéndose mantenido independiente, es objeto de la campaña de Leovigildo en 577” (Vizcaino, *La presencia bizantina en Hispania*, 216).

106 Según muestran las excavaciones, en época visigoda se

reconstruyó y reurbanizó (al menos la parte oeste del interior de la ciudad), obra datada desde el último cuarto del siglo VI a principios del VII (Molina, et al., «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 76-77,108). “En Begastri se produjo un proyecto de reurbanización de la ciudad que incluyó una nueva fortificación, que reaprovechó un recinto anterior, cuyos restos quedaron bajo el proyecto visigodo, que se inició de la mano de Leovigildo en la segunda mitad del siglo VI y que se consolidó tras el nombramiento de Begastri como sede episcopal a comienzos del siglo VII” (Zapata, «Las murallas de Begastri», 142).

107 Mientras que para la muralla en época romana se emplean mayoritariamente piedras de caliza dolomítica, en su reforma/mejora y ampliación visigoda los elementos pétreos aportados serán sobre todo de arenisca caliza, además de reutilizarse materiales de derribo de época romana (Durán, et al., «Las consolidaciones en Begastri», 319). Por su composición dominante de calcita, esta arenisca caliza sería en realidad caliza arenisca (Parreño, «Composición química y forma de mantenimiento de la piedra de Begastri», 49).

108 Ampliación datada estratigráficamente en el siglo VI (Martínez Caverro, «Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri», 42). El espesor de la muralla del recinto inferior es de 1m (Zapata, «Las murallas de Begastri», 134).

109 “El primer concilio de Toledo, suscrito por un obispo begastrense juntamente con el de Ello, es el tenido como provincial y celebrado el 23 de octubre de 610 bajo Gundemaro” (Yelo, «La ciudad episcopal de Begastri», 6).

110 “No en vano, como vemos, la implicación religiosa en el conflicto greco-gótico no parece desdeñable, de tal forma que, por ejemplo, desde el lado godo también se ha señalado que Recaredo y sus sucesores habrían de construir una invisible cadena de fortalezas celestes en torno a las tierras levantinas de Bizancio, en las que San Vicente habría de constituirse como el mejor miles Christi contra los impíos, explicando así su presencia en ciudades cercanas al escenario de la lucha, como Valentia, Begastri, o Iliberris” (Vizcaino, *La presencia bizantina en Hispania*, 82).

111 “La ciudad de Begastri (...) quedaría del lado visigodo como demuestra el hallazgo de distintos broches de cinturón visigodos y el tremis de Recaredo que remarcan el carácter visigodo de la ciudad” (Molina, y Castillo, «Hacia una historia de la investigación y de los principales interrogantes del yacimiento arqueológico de Begastri», 23). Situada en zona fronteriza y quedando documentada la ocupación visigoda, futuras excavaciones podrán comprobar o desmentir si en algún momento la ciudad llegó a estar bajo el dominio bizantino.

112 García Moreno, *Historia de España visigoda*, 256.

113 Pocklington, «El Pacto de Teodomiro y las siete ciudades», 73-84.

114 Yelo, «La campaña de Tudmir», 613-617; González Blanco, et al., «Begastri bajo el dominio árabe», 142.

sus habitantes a Cehegín<sup>115</sup> como nuevo centro del poder local musulmán, periodo transicional<sup>116</sup> de decadencia de Begastri donde solo se constata una población progresivamente más residual<sup>117</sup> hasta su definitiva ruina<sup>118</sup>.

El perímetro teórico exterior de la muralla principal totalizaría unos 430m<sup>119</sup> (aunque un tramo significativo de su trazado suroeste se ha perdido<sup>120</sup> debido a la obra de desmontes y cimentaciones para la antigua vía férrea<sup>121</sup>) encerrando una superficie interior de unos

8.230m<sup>2</sup> (es decir, algo menos de una hectárea), ambas mediciones realizadas sobre foto aérea (Fig. 3).

La cara exterior de esta muralla estuvo revestida de blanco<sup>122</sup>, al aplicarse un estucado de cal con pequeñas cantidades de yeso<sup>123</sup> que posiblemente sería realizado bajo el dominio visigótico<sup>124</sup>.

Su muralla superior o principal, con espesores de entre 3 y algo más de 5 metros según zonas<sup>125</sup>, muestra

115 La primera noticia sobre el castillo de Cehegín la tenemos en la última década del siglo X al instalarse en las cercanías de Begastri los “*Sinhagies, Zinhagies o Cehegies, llamados por Almanzor*”, posiblemente sobre un campamento musulmán levantado anteriormente para vigilar la ciudad, y que a partir de esta fecha Begastri “*perdería progresivamente su ya reducida importancia*”, siendo del siglo XI “*el último testimonio textual de Begastri*” (Sánchez-Carrasco, y Rabadán, «El fin de Begastri», 145-146).

116 “*No sabemos cuánto duró el proceso de trasvase, pero algo sí que sabemos y es que fue largo. La arqueología, en los pocos sitios que hasta ahora han podido ser explorados atestiguan una población residual que dura mucho tiempo, que vive aún cuando la ciudad ya hace mucho tiempo que ha perdido sus defensas o que éstas han dejado de tener importancia*” (González Blanco, *Urbanismo Romano*, 203-204).

117 González Blanco, et al., «Begastri bajo el dominio árabe», 140-147.

118 Abandono definitivo que algunos trabajos (Zapata, «Las murallas de Begastri», 117, 135; Molina, et al., «La ciudad romano-visigoda de Begastri», 73, 109) sitúan en época emiral a finales del siglo IX o principios del X, entiendo que por coincidir con la demolición de la muralla; aunque en la zona norte de la muralla se halló en 2005 un tesoriillo andalusí del primer tercio del siglo XI (Doménech, «El tesoriillo islámico de Begastri»), datando su fin otros autores en el siglo XI al XII (González Blanco, «Begastri, presentación de la segunda edición», 19; González Blanco, y Molina, «Begastri 2005, Informe preliminar», 103; Durán, et al., «Las consolidaciones en Begastri», 316). Es un tema sin mayores repercusiones, pues todos los estudios coinciden en que en época árabe la población de Begastri se iría convirtiendo en meramente residual una vez que ha pasado a Cehegín el control administrativo del territorio.

119 “*La longitud total del lienzo recuperado hasta la actualidad es de 272m*” (Molina, y Castillo, «Hacia una historia de la investigación y de los principales interrogantes del yacimiento arqueológico de Begastri», 18; Zapata, «Las murallas de Begastri», 134).

120 En su parte oriental se apuntó la posible existencia de restos de algún edificio monumental público (proponiéndose un pequeño teatro) que hubiera interrumpido y sustituido a la muralla (Molina y Martínez, «Campaña arqueológica de Begastri [2006]»; Molina, «Begastri: La interpretación tras la campaña de excavaciones del 2006»), aunque más adelante y “*Con el desarrollo de posteriores excavaciones y la investigación de estas, parece que la hipótesis de la existencia de un teatro en esta zona se ha visto desechada*” (Molina, y Castillo, «Hacia una historia de la investigación y de los principales interrogantes del yacimiento arqueológico de Begastri», 20).

121 El Cabezo Roenas se había convertido en la cantera del pueblo (Fernández-Guerra, *Deitania y su catedral episcopal de Begastri*, 6; Durán, et al., «Las consolidaciones en Begastri», 320), como luego sucedería con el propio castillo de Cehegín antes de ser demolido a mediados del siglo XX. Al construirse la vía férrea Caravaca-Murcia y desmontarse un lateral de la colina, parte de los sillares de la

muralla suroeste se emplearían como cimentación del viaducto (Bellido, «El ferrocarril de Murcia a Caravaca»; González Blanco, y Yelo, «El yacimiento y la excavación de Begastri», 18).

122 García de Aguinaga, y Vallalta, *Fortificaciones y puerta de Begastri*, 55; González Blanco, *Urbanismo romano*, 175; González Blanco, et al., «Begastri bajo el dominio árabe», 141; González Blanco, «Begastri y la recuperación de la Antigüedad Tardía», 557.

123 Se han realizado análisis químicos de tres muestras de revestimiento tomadas de lugares diferentes de la muralla de Begastri (Arana, y Alias, «Estudio mineralógico de tres muestras de estucos de Begastri»), encontrándose como componente principal la cal (carbonato de calcio o calcita CaCO<sub>3</sub>, y en parte dolomita CaMg(CO<sub>3</sub>)<sub>2</sub> en la que se sustituye la mitad del calcio por magnesio) pero donde en dos de las muestras también aparecen pequeños agregados de yeso (formado partiendo del yeso calcinado o sulfato de calcio semihidrato CaSO<sub>4</sub>·½H<sub>2</sub>O que al añadirle agua se convierte en sulfato de calcio dihidrato CaSO<sub>4</sub>·2H<sub>2</sub>O), siendo por tanto un estuco de cal aérea con incorporación de yeso en pequeñas cantidades.

124 Otros ejemplos hispánicos sobre murallas revestidas de blanco. “*Por otra parte, también podríamos señalar como propio del área imperial hispana, la ausencia de enfoscados, sí documentados, por el contrario, en las fortificaciones visigodas*” (Vizcaíno, *La presencia bizantina en Hispania*, 407). En la muralla romana de Lugo se documentan revocos o enfoscados exteriores de mortero, aunque no han podido datarse con precisión: “*la cerca debió de estar completamente recubierta de enfoscado de mortero blanco*” (Alcorta, «La muralla de Lugo», 17). Asimismo, en la muralla romana de Jaén también se han encontrado restos de revestimiento exterior de mortero de cal (Serrano, «Aurgi, Estudio del municipio romano desde la arqueología urbana de Jaén», 21-22; Fornell, «Las murallas romanas de Jaén», 14). Para la muralla visigoda de Recópolis (de finales del siglo VI, y más estrecha que las bajoimperiales) se ha descrito un enfoscado de cal en sus paredes: “*Los paramentos son realizados a partir de sillares de piedra caliza y arenisca principalmente, con un mortero de arena y cal utilizada también como enfoscado final en su cara exterior que queda totalmente cubierta por este*” (Gómez de la Torre-Verdejo, «La muralla de Recópolis», 82). En alguna muralla indígena prerromana, las costras de cal encontradas en su superficie resultarían ser eflorescencias de cal migrada del interior desde el propio material (Gómez Toscano, «Las murallas de Tejada la Vieja», 21). En Cartagena en el Cerro del Molinete, en la muralla púnica de adobe se han encontrado restos de enlucido de cal en algunos adobes (Noguera, Madrid, y Velasco, «Novedades sobre la arx Hasdrubalis de Qart Hadast [Cartagena]», 485, 491, 493, 498), así como en otras zonas de las defensas púnicas cartageneras sobre el frente de piedra (Marín, «Un modelo estratigráfico de la Cartagena púnica», 126).

125 Zapata Parra en su análisis de las murallas de Begastri nos dice que el tramo de 50m de muralla en su alzado Este (entre la torre adosada exteriormente junto a la puerta Este, y la interrupción de la muralla en el Sur al ser desmontada durante la construcción de la vía férrea) tenía un grosor medio de 4m, aunque luego en la



Figura 3. Fotografía aérea de Begastris en Google Earth, remarcándose en rojo el perímetro de la muralla teórica (de la que su tercio suroccidental no se conserva).

un doble forro de sillar y sillarejo<sup>126</sup> (de piedra caliza o arenisca según fases/épocas) asentado con mortero de cal, y núcleo interior de tongadas de cascotes de piedra amasados con mortero de cal. Se adjunta dibujo de la sección de la muralla correspondiente al estado de la excavación durante la campaña de 1983, donde ya quedaba perfectamente definido el doble forro de sillares recibidos con mortero de cal, y el relleno interior de piedras conglomeradas con mortero hidráulico de cal (Fig. 4).

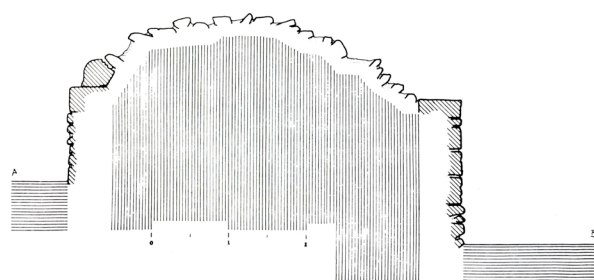


Figura 4. Dibujo del autor con la sección de la muralla junto a la puerta de Begastris, según la sección AB indicada en la planta de la Fig. 5, con escala gráfica representada en metros, publicado originalmente en *Antigüedad y Cristianismo I* (García de Aguinaga, y Vallalta, «Fortificaciones y puerta de Begastris», 58).

Es de destacar la puerta principal en recodo situada en su extremo oriental (denominada como Puerta Este), cuyo dibujo de la campaña de 1983 se aporta (Fig. 5), entrada en la muralla de época bajoimperial que posteriormente se reforzará con una barbacana o antemuralla en forma de L de construcción visigoda<sup>127</sup> de 2.20m de espesor (en el dibujo, rotulada como BARBACANA en rojo)<sup>128</sup>. Asimismo, indicar que del sobrancho que conforma el lateral NE del torreón de la derecha según se entra (en el dibujo, rotulado como TORRE en rojo) solo se ha encontrado la cimentación<sup>129</sup>.

misma página al hablar de su restauración de 1993 pone que su espesor medio era de 5m (Zapata, «Las murallas de Begastris», 124). El mismo autor en la página 134 nos aclara sobre la muralla de Begastris que: “Su grosor varía entre 3,5 y 5 metros en función de la zona a defender y lo abrupto de la topografía”.

126 Entendiendo por sillares las piezas bien labradas de mayor tamaño, adecuadamente careadas y escuadradas, y con regularidad en sus dimensiones; y entendiendo por sillarejo las de menor tamaño y de labra algo más irregular (y que en casos no llegan a cubrir el espesor completo de la hoja de fábrica de piedra).

127 Molina, *et al.*, «La excavación y restauración de la puerta oriental de Begastris».

128 Molina, *et al.*, «La ciudad romano-visigoda de Begastris», 85.

129 Zapata Parra considera un recorte de época califal el perfil más estrecho y curvo de dicho torreón, que es el dibujado en

negro en 1983 (Zapata, «Las murallas de Begastris», 136, fig. 27 fase III), y romano y visigodo el torreón NE de forma rectangular (en el dibujo de la Fig.5, geometría rotulada como TORRE en rojo); aunque por lógica constructiva parece que la ampliación rectangular sería posterior a la hoja exterior del muro dibujada en 1983. Efectivamente, si se reduce el ancho de un muro, la base del forro de la nueva cara apoyaría sobre el núcleo cementado del muro anterior, lo que no parece ser el caso pues no hay referencia expresa en lo publicado; y por el contrario, si se recrea un muro ampliándolo con un nuevo forro yuxtapuesto al hasta entonces existente para ensancharlo, tanto la base de lo nuevo como la de base lo antiguo apoyarían sobre la roca, pero al no ser monolítica con lo anterior y por exceso de esbeltez sería más fácil que dicha ampliación adosada se pueda demoler si no se ha atado adecuadamente a la parte preexistente, como bien podría haber sucedido. Por tanto, parece plausible que la torre rectangular pudiese ser una ampliación visigoda realizada ensanchando el muro romano, ampliación adosada que sería posteriormente demolida “a pico y martillo” por resultar más fácil su derribo.

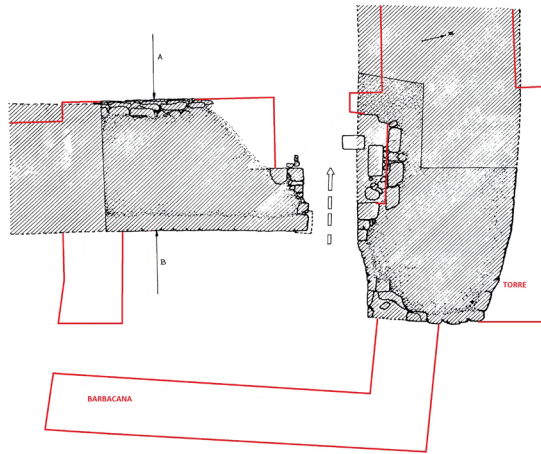


Figura 5. En negro, dibujo del autor con la primera planta de la puerta de Begastri publicado en *Antigüedad y Cristianismo I* (García de Aguinaga, y Vallalta, «Fortificaciones y puerta de Begastri», 59), donde en línea roja se añade la fase de muralla visigoda con su antemuralla según el esquema de Zapata Parra (Zapata, «Las murallas de Begastri», 136, fig. 27 fase II).

#### 4. Yecla la Vieja

Yacimiento del que desconocemos su nombre romano<sup>130</sup> y que actualmente se denomina como Yecla la Vieja (Lugar Viejo de Yecla de Yeltes, o bien castro de El Castillo)<sup>131</sup>, por pertenecer al municipio de Yecla de Yeltes (Salamanca).

Inicialmente consistía en un asentamiento indígena celta fortificado (*oppidum*) poblado desde el siglo V a.C.<sup>132</sup> (correspondiente al pueblo vetón, o

130 Las primeras propuestas con base epigráfica que se hicieron desde 1919 sobre su denominación romana no han podido ser ratificadas por nuevos hallazgos. Básicamente tenemos la inscripción referida a *mirobrigenses* y *polibedenses* como posible pista epigráfica sobre su denominación, correspondiente a un *terminus augustalis* en granito rosa que estuvo a la puerta de la ermita de la Virgen del Castillo (construida en el interior del recinto amurallado de Yecla la Vieja) y actualmente formando parte del muro Este de la Casa Caenia de Traguntia: “¿Serían los *polibedenses* los habitantes del Lugar Viejo de Yecla en tiempos de la conquista romana?” (Martín Jiménez, «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes», 401). Las distintas interpretaciones de esta inscripción publicadas con posterioridad se analizan en el catálogo epigráfico recogido en *Hispania Epigraphica* vol.10 (2004) 178-179, y nuevamente se trata este *terminus augustalis* en el libro de Carolina Cortés Bárcena (Cortés, *Epigrafía en los confines de las ciudades romanas: Los Termini Publici*, nº7). César Morán escribió en 1946, citando la misma inscripción pero haciendo referencias toponímicas: “Su nombre primitivo fue probablemente *Virlanga* o *Vislanda* (Hübner, *CIL*, II, número 5033), hoy vinculado en arroyo inmediato *Varlaña*, y aún los ancianos dicen que se llamó la ciudad de Irlanda” (Morán, *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, 158).

131 Palao, y Salinas, «Nuevas inscripciones latinas del castro de Yecla de Yeltes», 171.

132 Álvarez-Sanchis, *Los vettones*; Martín Valls, «Insculturas del castro salmantina de Yecla de Yeltes».

cultura de los verracos) ubicado sobre un promontorio de la penillanura salmantina, con una tipología denominada como emplazamiento en espigón fluvial<sup>133</sup>. Pasaría por la fase celtibérica<sup>134</sup> y finalmente sería plenamente romanizado<sup>135</sup>, adquiriendo importancia en un contexto de explotaciones mineras, aunque asimismo manteniendo su carácter ganadero tradicional. Tras las guerras peninsulares, la política romana será la del desmontaje de las fortificaciones indígenas. Posteriormente y al igual que Begastri, con el desmoronamiento del Imperio esta ciudad sufrirá transformaciones, se reconstruyen y mejoran entre los siglos III y V las antiguas defensas vetonas<sup>136</sup>, concentrándose sus habitantes en la plataforma superior para quedar protegidos tras sus murallas. Continuaría habitada durante las épocas convulsas que siguieron (invasiones de suevos y conflicto suevo-visigodo)<sup>137</sup>

133 Situación en cerro amesetado entre cauces fluviales confluyentes (Álvarez-Sanchis, *Los vettones*), en este caso situado entre el arroyo del Pozo Hoyoero que discurre por el Oeste del yacimiento, el arroyo del Encinar que corre por el Este (o regato *Varlaña*), y el río Huebra por el Sur y al que ambos arroyos vierten.

134 “A partir del siglo III. a.C., experimenta un proceso de celtiberización” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 129). “La muralla de Yecla no se asentaba sobre ningún estrato arqueológico, aunque los sillares caídos del paramento interno descansaban sobre estratos que proporcionaron cerámica a torno celtibérica y otros a mano con decoración peinada” (Martín Valls, «Insculturas del castro salmantina de Yecla de Yeltes», 95). Ver también: Álvarez-Sanchis, *Los vettones*.

135 Manuel Salinas de Frías, abordando el estudio de las poblaciones rurales de la provincia de Salamanca, contrapone la categoría jurídica de lo urbano con lo rural: “Antes que un centro de servicios o de producción industrial, la ciudad antigua es ante todo una categoría jurídica y política que indica la autonomía de la vida administrativa y civil. Desde este punto de vista, la determinación por medio de los *termini augustales* conocidos de unas pocas civitates: *Salmantica*, *Mirobriga*, *Bletisama*, *Valuta* o *Polibeda*, deja un amplio espacio geográfico que podemos considerar como un medio rural cuyos asentamientos, sin embargo, quedarían comprendidos dentro del *territorium* de cada una de las distintas ciudades que conocemos” (Salinas, «El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca», 178).

136 “Lo que se observa en el Bajo Imperio son obras de reconstrucción o reparación de las murallas, llegando a utilizar como sillares viejas estelas romanas de las necrópolis altoimperiales” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 128). “En las hiladas superiores de la muralla del castro de Yecla se reutilizaron estelas romanas altoimperiales como material de fábrica”, “En los siglos IV-V sus habitantes –como otras poblaciones ubicadas en altura– repararon su sistema defensivo” (Ibid., 131). Sin embargo, José M<sup>a</sup> Blázquez Martínez las atribuye a finales del siglo III: “Las murallas de los castros de la provincia de Salamanca, como Yecla, *Lumbrales* e *Iruña*, estudiadas por J. Maluquer, deben datar de esta época [finales del siglo III]” (Blázquez, «La crisis del siglo III», 25). Prácticamente eso mismo lo repite Narciso Vicente Santos Yanguas (Santos, «Las invasiones germanas del siglo III en Hispania», 167).

137 “Desconocemos cómo pudieron afectar directamente las invasiones germánicas y los conflictos entre suevos y visigodos a los castros salmantinos. Quizás con ello esté relacionado la destrucción de una de las puertas del castro de Yecla; bajo su derrumbe apareció el cadáver de un niño con signos



Figura 6. Fotografía aérea de Yecla la Vieja en Google Earth, en la que se ha marcado en rojo el contorno externo de su muralla.

constituyendo un relevante núcleo fortificado<sup>138</sup> donde se han encontrado algunas pizarras visigóticas del siglo VII<sup>139</sup>, llegando a la Alta Edad Media hasta que finalmente su población se terminará trasladando al pueblo actual en una zona más llana<sup>140</sup>.

Ya a comienzos del siglo XVI se levantaría en el interior del recinto de las murallas la ermita de Nuestra Señora del Castillo<sup>141</sup>, en uso en la actualidad.

Según medidas tomadas directamente sobre fotografía aérea (Fig. 6), el perímetro exterior de la muralla actual es de unos 1.100m y su superficie interior amurallada de 50.050m<sup>2</sup> (es decir, 5 Ha).

El forro exterior de la muralla presenta una buena trabazón, constituido por mampuesto<sup>142</sup> con algunas

piezas mayores intercaladas de sillarejo de gran tamaño, todo ello en la piedra granítica local colocada a hueso o recibida en seco (fábrica aparejada) y de hiladas irregulares (Fig. 7).

La muralla es ligeramente ataluzada (o sea, con caras exteriores algo inclinadas hacia dentro), lo que constructivamente se explica para mejorar su estabilidad estructural, por no contar con argamasa de cal como elemento ligante de hojas-forro y núcleo de relleno interior<sup>143</sup> (Fig. 8). Dispone de puertas en embudo o esviaje<sup>144</sup>.

En Yecla la Vieja hallamos varias referencias directas a la caballería, sin duda un elemento importante en una economía eminentemente ganadera: insculturas con caballos (y en algún caso también con jinetes) talladas en rocas o en sillares de piedra de la muralla (Fig. 9)<sup>145</sup>,

de haber muerto como consecuencia de una herida de arma en la cabeza” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 132).

138 Estas ciudades romanas amuralladas del periodo tardoantiguo serían el antecedente de la ciudad altomedieval (García de Cortázar, y Sesma, *Manual de Historia Medieval*, 30).

139 “Creemos que del siglo VII” en la página 45, y “siglos VI o VII” en la página 199 (Velázquez, *Las pizarras visigodas*, 44-45, 199). En cualquier caso, estas pizarras son indicio del poder administrativo visigodo.

140 Poco después de las fechas de 1184 y de 1188 se trasladarían al actual emplazamiento del pueblo (Martín Valls, «Las necrópolis del castro de Yecla de Yeltes», 201). “Es posible que sus habitantes se trasladaran a la actual Yecla en torno a 1184” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 134).

141 *Ibid.*, 135.

142 Entendiendo por mampuesto las piedras del tamaño que pueda mover y colocar a mano una sola persona, necesiéndose en cambio para mover las piedras de sillarejo el concurso de varias personas y/o el apoyo de medios auxiliares de elevación (tales como rampas y grúas).

143 Los empujes horizontales del relleno interior (por ser dicho núcleo de material “suelto” y no estar conglomerado con mortero de cal, funcionando mejor cuanto más trabado esté) sobre los muros-forro (también de piedra colocada o trabada a hueso o en seco) se compensan con la inclinación de estos últimos. Asimismo hay que contener los empujes laterales de las tierras de la plataforma amesetada sobre la muralla. En estas estructuras levantadas únicamente con piedra es importante un cuidadoso aparejo de las mismas, que proporcione buenos contactos planos entre los apoyos de las distintas piezas para que por rozamiento puedan transmitir los esfuerzos horizontales o rasantes.

144 “El sistema defensivo lo constituye una cerca o muralla de piedra, adaptada a la morfología del terreno, con bastiones que flanquean las puertas al recinto, entradas que se disponen en embudo o esviaje” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 129).

145 Martín Jiménez, «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes», 404, fig. 2; Martín Valls, «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes»; Martín Valls, «Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos





Figura 7. Ejemplos del aparejo de la muralla de Yecla la Vieja. Fotografías del autor.

y restos de campos de piedras hincadas delante de la entrada principal y en la zona norte para hacer frente a los posibles ataques de caballería<sup>146</sup>.

Es sin duda un yacimiento relevante<sup>147</sup>, actualmente

---

gallegos»; Romero, y Martín Valls, «Las insculturas del castro de Yecla de Yeltes: nuevas perspectivas para su estudio».

146 “El sistema se refuerza con una barrera de piedras hincadas en las partes más vulnerables, que son la entrada principal y la zona norte” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 129).

147 Sobre la historiografía del yacimiento, sabemos que estaba documentado desde hace tiempo: Manuel Gómez-Moreno levantará en 1904 el primer plano del perímetro de las murallas (Gómez-Moreno, «Sobre arqueología primitiva en la región del Duero»), más tarde José Luis Martín Jiménez estudiará en 1919 el yacimiento, sus murallas y los objetos encontrados (Martín Jiménez, «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes»), en 1922 el padre agustino César Morán Bardón publicará 31 inscripciones (Morán, *Epigrafía Salamantina*) y en 1946 describirá el yacimiento en su obra sobre la provincia de Salamanca prologada por Blas Taracena Aguirre (Morán, *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, 158), posteriormente Juan Maluquer de Motes (sería quien excavaría el cercano castro de Las Merchanas) lo incluye en 1956 en su carta arqueológica de Salamanca adjuntando el plano de sus murallas (Maluquer, *Carta arqueológica de España: Salamanca*), y en 1967 también Manuel Gómez-Moreno Martínez lo incorpora en su catálogo monumental sobre la provincia de Salamanca (Gómez-Moreno, *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*). Igualmente, en 1963 Joaquín María de Navascués se interesará por su epigrafía (Navascués, «Caracteres externos de las antiguas inscripciones salamantinas»). Sin embargo, no será hasta los trabajos de Ricardo Martín Valls, quien inicia excavaciones en el yacimiento en 1966, cuando se estudiarán con mayor detalle sus insculturas (Martín Valls, «Insculturas del castro salmantina de Yecla de Yeltes»; Romero, y Martín Valls, «Las insculturas del castro de Yecla de Yeltes: nuevas perspectivas para su estudio») y sus necrópolis (Martín Valls, «Las necrópolis del castro de Yecla de Yeltes») describiendo las diversas tumbas tardorromanas que se han ido encontrando y excavando en las inmediaciones de la ermita de Santiago Apóstol sita extramuros al Norte del castro, así como sigue documentándose su amplia epigrafía (Martín Valls, «Notas sobre la epigrafía latina de Yecla de Yeltes»; Martín Valls, «Novedades epigráficas del Castro de Yecla de Yeltes»; Hernández Guerra, et al., «Epigrafía romana de Yecla de Yeltes y Salamanca»; Palao, y Salinas, «Nuevas inscripciones latinas del castro de Yecla

con el exterior de la muralla limpio y mantenido en buen estado, aunque todavía en estudio y que necesitaría de la continuidad de un proyecto de investigación con excavaciones<sup>148</sup>.

## 5. Similitudes y disparidades entre ambos yacimientos

En el presente escrito se plantea el notorio paralelo existencial entre estos dos enclaves aparentemente muy diferentes. No se trata de integrarlos en una misma categoría estandarizada, sino de hacer un ejercicio comparativo que ponga en valor los elementos compartidos tanto formales como de recorrido histórico-temporal, frente a las notorias (y lógicas) diferencias entre dos yacimientos muy distantes.

### 5.1. Coincidencias

Ambos asentamientos son ciudades complemente romanas, situadas en una marcada elevación natural,

---

de Yeltes»). En la últimas décadas del siglo XX se consolidarán y restaurarán sus murallas (Martín Valls, y Benet, «Investigación y restauración del castro de Yecla la Vieja»), obras durante las que en 1999 aparecería un verraco de piedra (Martín Valls, y Pérez Gómez, «El verraco de Yecla de Yeltes») y que generarán una nueva excavación extramuros por Pérez Gómez. En 2004 se excava y reabre la puerta occidental de la muralla (como relatan en su artículo Palao, y Salinas, «Nuevas inscripciones latinas del castro de Yecla de Yeltes», 172). Recientemente el equipo de Miguel Ángel Sabastro, bajo la supervisión de la arqueóloga territorial Esther González, ha realizado una serie de catas arqueológicas en el recinto, por encargo de la Junta de Castilla y León (La Gaceta de Salamanca, 3-8-2019 y 8-8-2019). En relación al estado de la cuestión sobre Yecla la Vieja, véase el artículo de José Ignacio Martín Benito publicado en 2019 donde se hace un resumen con la situación actual de las investigaciones sobre este yacimiento (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes»).

148 “La falta de proyectos de investigación con excavación arqueológica no nos permite determinar el alcance que pudo tener este tipo de poblamiento en época visigoda” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 134).



Figura 8. Varias vistas exteriores con el estado actual de la muralla de Yecla la Vieja, fotografías del autor.



Figura 9. Ejemplos de petroglifos o insculturas con motivos equinos del castro de Yecla la Vieja, de los que se conservan algunos centenares. Fotografías del autor.

sobre un substrato poblacional indígena previo (Hierro II) delimitado por defensas. Tras una plena romanización<sup>149</sup>, se desarrollarán en el periodo del

149 “Algunos oppida sobrevivieron como ciudades romanas. (...) La clave estaba en buscar emplazamientos acordes con los intereses romanos, valorando los recursos agrícolas y mineros del territorio y el acceso de la población a las redes de intercambio controladas por el ejército” (Álvarez-Sanchís, «Ciudades vettonas», 176).

Alto Imperio. Posteriormente, en época bajoimperial sufrirán el declive económico y vivirán una etapa de transformaciones. Debido a las inestabilidades generadas por el ocaso del Imperio, las dos ciudades de nuevo se contraen hacia la zona alta para protegerse, encerrándose dentro de una potente muralla defensiva de piedra. Estas estructuras murarias parecen apoyar el planteamiento de una organización defensiva

autosuficiente en las poblaciones del Bajo Imperio ante la inhibición del poder central<sup>150</sup>, constituyendo núcleos territoriales desde los que la élites aristocráticas locales dominan la producción del espacio rural circundante (minero y agropecuario) y ejercen el control de los nuevos circuitos comerciales.

Serán ciudades que, gracias a sus fortificaciones, pervivirán en tiempos convulsos: Begastri conformará un importante bastión visigodo frente a la expansión bizantina, mientras que sobre Yecla la Vieja sabemos que muestra continuidad habitacional<sup>151</sup> a pesar de estar inmersa en los conflictos bélicos entre suevos y visigodos<sup>152</sup>. Finalmente, los dos enclaves terminarían abandonándose entre los siglos XI y XII, por trasladarse sus habitantes a la población cercana como nuevo centro administrativo y de influencia (Cehegín en un caso, y Yecla de Yeltes en el otro).

Sobre su geometría defensiva, en ambos ejemplos la muralla perimetral básicamente viene a seguir una curva de nivel o isolínea de altitud (isohipsa) del terreno<sup>153</sup>, solo interrumpida por unas puertas bien defendidas. Dadas las distintas topografías de los enclaves, en Begastri la planta de la muralla tiende a ser más ovalada, mientras que debido a una orografía heterogénea en Yecla la Vieja el diseño defensivo presenta una forma más irregular y algo ameboide. En cualquier caso, los dos trazados de murallas se corresponden con un diseño orgánico<sup>154</sup>.

Formalmente comparten la característica de ser murallas bajoimperiales que adolecen de torres dispuestas de forma repetitiva; en todo el perímetro

excavado de Begastri se han encontrado **únicamente** tres torres cuadradas, asociadas a funciones singulares como la defensa de la puerta principal (torres en ambos lados de la puerta Este) o con el contacto de la muralla con la ampliación visigoda del recinto inferior (torre Norte).

## 5.2. Diferencias y particularidades

Entre estas ciudades romanas hay unos 500 km en línea recta y cerca de 700 km por las carreteras actuales. Aunque el propio cerro se sitúa en un afloramiento de ofita<sup>155</sup>, Begastri pertenece a la España caliza<sup>156</sup> (donde constructivamente predominan la piedra caliza y los morteros/argamasas de cal); mientras que Yecla la Vieja se sitúa en la España granítica (donde constructivamente prima la piedra de granito colocada a hueso)<sup>157</sup>. Cehegín está sobre los 570m de altitud, mientras que Yecla de Yeltes a los 720m.

Las dimensiones de las zonas amuralladas en ambos yacimientos son dispares, la muralla de Yecla la Vieja tiene algo más del doble de longitud y encierra cinco veces más superficie que el área principal amurallada de Begastri).

Sus orígenes indígenas en el mismo periodo del Hierro II se emplazan sin embargo en ámbitos culturales muy distintos, posicionados los celtas en el cuadrante noroeste de la península ibérica (siendo vetones en el Campo de Salamanca) y ocupando los iberos el sureste de la península, estando situados ambos centros urbanos dominando territorios con economías productivas tanto de minería del hierro (con minas de arsenopirita en Yecla de Yeltes, y con minas de hematites en Cehegín<sup>158</sup>) como agropecuarias

150 Díaz, Martínez y Sanz, *Hispania, tardoantigua y visigoda*, 325.

151 “La vida continuó pues en el castro, lo que avalan las evidencias arqueológicas que se pueden fechar entre los siglos VI-VII” (Martín Benito, «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes», 133).

152 Hasta que en el año 585 el rey suevo Andeca es derrotado por Leovigildo.

153 Hablando sobre la muralla de Begastri: “adaptándose perfectamente al terreno sobre el que se levanta” (Zapata, «Las murallas de Begastri», 134). Describiendo la muralla de Yecla la Vieja: “El trazado ondulado de las murallas está bien adaptado a la morfología del terreno” (Álvarez-Sanchís, *Los vetones*), y “La defensa artificial está constituida por una muralla de mampostería en seco que bordea la parte superior del escarpe, siguiendo aproximadamente una curva de nivel del terreno, cerrando la meseta, que es plana y casi horizontal” (Martín Jiménez, «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes», 400).

154 La arquitectura orgánica como contraposición simbólica a la arquitectura ortogonal o cuadrículada y de claras simetrías. Fruto del simbolismo serán la simetría en las composiciones arquitectónicas y las geometrías de plantas tanto puramente cuadradas como rectangulares con proporciones matemáticas singulares; todo ello es expresión de orden, un orden superior que por designio divino legitima al gobernante. Por tanto, la arquitectura orgánica representará todo lo contrario, una carencia de ese orden humano, de ese poder central legitimado por la divinidad.

155 Se trata de un tipo de roca ígnea subvolcánica, compuesta de piroxeno y plagioclasa (López Bermúdez, «Begastri», 13-14; Durán, *et al.*, «Las consolidaciones en Begastri», 318).

156 Sería el geólogo y académico Eduardo Hernández-Pacheco y Estevan (1872-1965), autor del Mapa Geológico de España, quien dividiría en tres áreas litológicas los suelos de la península, teniendo en cuenta el tipo de roquedo: silíceo (cuya roca predominante es el granito), calizo (o calcáreo) y arcilloso (sedimentario).

157 La obra de las defensas se ejecutaba con los materiales disponibles y adaptando el sistema constructivo a los mismos; véase por ejemplo la muralla romana de Lugo, de finales del siglo III y principios del IV, levantada mediante muros-forro de 1m de espesor de lajas de pizarra recibidas con mortero de cal, con relleno interior de material amorfo colocado en seco por tongadas con muy poca cal, y con refuerzos de sillares de granito en determinadas zonas como puertas (Alcorta, «La muralla de Lugo»). Al igual que en Yecla la Vieja y por no disponer en condiciones de mortero de cal en su núcleo, la muralla romana de Lugo también es una estructura ligeramente ataluzada.

158 Se atribuye a la mina de La Jara en Cehegín una explotación de oro de época romana. Asimismo, al pie de la sierra de Burete hay una mina de plata que al parecer se explotó en la antigüedad

(de ámbito ganadero en la región de Salamanca, y más marcadamente agrícola en la zona de Murcia).

Durante época visigoda las dos serían poblaciones fronterizas situadas en primera línea, aunque en conflictos muy diferentes: Begastrí en las guerras entre visigodos y bizantinos, y Yecla la Vieja entre suevos y visigodos.

## 6. La transformación urbana: murallas a costa de espacio público

Esta comparativa entre dos ciudades tan separadas suscita una serie de reflexiones sobre la evolución común de la *civitas* y de la *urbs* (es decir, del aspecto social de la ciudad, y de su consecuente construcción física arquitectónico-urbanística)<sup>159</sup>, que salvando los localismos ya nos habla de una herencia histórica compartida en la península ibérica<sup>160</sup>.

Generalizando<sup>161</sup>, la ciudad urbana del alto imperio era abierta y quedaba nucleada alrededor de un rico espacio público<sup>162</sup> (foro, termas, basílica,

templos, monumentos, recintos para espectáculos). De tener murallas (*res sanctae*)<sup>163</sup>, estas ofrecían un papel institucional más simbólico y de prestigio que defensivo.

La crisis del siglo III supondrá el final<sup>164</sup> de la concepción urbanita con vocación de universalidad en todos los ámbitos del imperio, conseguida mediante una eficiente planificación<sup>165</sup> con intención de evitar cualquier parecido con las ciudades-estado. La crisis afectará al comercio a gran escala de la producción minera y agropecuaria, enfocándose progresivamente el comercio remanente hacia los artículos más exclusivos destinados a las élites que pueden permitírselos, y fomentando los asentamientos rurales y la autoproducción. Este proceso de crisis política y económica supondrá una transformación social traducida en una reorganización conceptual de la ciudad, en la que simbólicamente va desapareciendo la presencia de la protección centralizada que ofrece el emperador y surge la iglesia como nuevo centro de referencia. Consecuentemente, desde finales del siglo III y durante el siglo IV las ciudades proceden a amurallarse<sup>166</sup>, a encerrarse dentro de un perímetro

(Alcázar, «La minería del hierro en Cehegín», 175). El hierro en época ibero-romana se extraería de la mina de hematites de las Herrerías (*Ibid.*, 176).

159 “En el siglo VI, al hacer una exposición sobre el origen de las palabras, San Isidoro de Sevilla escribía en sus *Etimologías* lo siguiente: «Civitas es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe ese nombre por sus ciudadanos (*cives*), es decir, por los habitantes mismos de la urbe [porque concentra y encierra la vida de mucha gente]. Con el nombre de urbe (*urbs*) se designa la fábrica material de la ciudad, en tanto que *civitas* hace referencia, no a sus piedras, sino a sus habitantes (*Etymologiarum* XV, 2, B.A.C. 1994)” (Ramírez González, «Los dos significados de la ciudad»).

160 “La España romana, poco antes de disolverse el Imperio, aparece ya con un valor nacional muy preciso en la primera *Historia Universal* que el cristianismo concibe, la de Pauto Orosio” (Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, 128).

161 “Evidentemente toda generalización es arriesgada e injusta con los casos regionales y particulares, sin embargo la intención del artículo es la de dar una visión de las tendencias globales de la diócesis *Hispaniarum* en el Bajo Imperio, apoyadas en los datos arqueológicos” (Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis *Hispaniarum*», 180).

162 Hannah Arendt diferencia el carácter de lo público del *locus público* (este último, como opuesto al espacio privado): “The term «public» signifies two closely interrelated but not altogether identical phenomena: It means, first, that everything that appears in public can be seen and heard by everybody and has the widest possible publicity. (...) Second, the term “public” signifies the world itself, in so far as it is common to all of us and distinguished from our privately owned place in it” (Arendt, *The Human Condition*, 50-52). Mariette Sibertin-Blanc define los espacios públicos urbanos como lugar de interacciones (sociales, espaciales y políticas) mediante tres características: lugares donde se organiza la ciudad (redes, interconexiones, centralidades), como lugares de escenificación de poderes y de fuerzas vivas (“lugares simbólicos donde los poderes chocan y se enfrentan entre sí”), y finalmente como lugares con capacidad para revelar el tipo de ciudad donde se sitúan (Sibertin-Blanc, «Espacios públicos», 31-33).

163 Lo santo, como lo público protegido divinamente por ceremonia y sanción (*res sanctae*) (Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas», 85). Es interesante reseñar que en Yecla la Vieja las lápidas altoimperiales (*res religiosa*, consagrada a los manes) que aparecen tanto en la muralla tardorromana y visigótica como en los muros de las iglesias cercanas están colocadas vistas, mientras que otros elementos arquitectónicos de derribo de edificios públicos que se incorporan en las murallas suelen aparecer dados la vuelta y por tanto irreconocibles (como vemos sucede en Begastrí). Murallas y tumbas pertenecían a las cosas de derecho divino (*res divini iuris*).

164 Ya comentábamos antes que hay una corriente historiográfica que tras el inicial relato más o menos catastrofista frente a las “invasiones” bárbaras (Blázquez, «La crisis del siglo III») tiende a suavizar y minimizar los impactos destructivos de las “penetraciones” germanas del último cuarto del siglo III en el conjunto de la península, y consecuentemente se defiende un proceso paulatino de transformación y cambios en las ciudades en el Bajo Imperio (Pérez Centeno, «Análisis de la evolución de las ciudades hispanas en el siglo III», 319); aunque esta evolución nuevamente queda puesta en entredicho por otros autores que encuadran dicho urbanismo en clara decadencia dentro de un clima global de inseguridad y abandono (Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis *Hispaniarum*»). Como luego veremos en la Nota 174, estas dos teorías acerca de la ciudad tardoantigua (decadencia, o transformación) se enmarcan en un debate historiográfico más amplio sobre cómo considerar el final del imperio romano, si caída o transición.

165 “Los romanos son los primeros grandes planificadores urbanos, construyendo infraestructuras según la necesidad prevista de antemano para la ciudad” (Ramírez González, «Los dos significados de la ciudad»).

166 “El primero de los síntomas de decadencia urbana, fue la reconstrucción y erección de murallas que ciñeran y resguardaran las ciudades, como consecuencia de un auténtico clima de inseguridad entre la población del Imperio en general y entre la hispanorromana en particular, siendo esta la razón fundamental de erección de las mismas y no otra”

simbólico-defensivo, prescindiendo de lo ahora considerado superfluo<sup>167</sup> y mermando sus espacios y dotaciones públicas<sup>168</sup>, así como reduciendo drásticamente el tamaño de la propia ciudad en una mayoría de casos (Valencia, Cartagena, Mérida, etc.)<sup>169</sup>.

Las invasiones bárbaras del siglo V ratificarán el nuevo estatus, donde la reacción bizantina (*renovatio imperii*) del siglo VI no dejará de ser un vano esfuerzo por asegurar la continuidad de la romanidad y recuperar el comercio en el *mare nostrum*, cuyo cierre definitivo a la navegación en el siglo VII por el islam certificará la entrada en el medioevo<sup>170</sup>.

Con los conflictos bélicos en época visigoda, muchas de estas murallas se reforzarán e incluso ampliarán. Como reflejo de los cambios sociales, los antaño ricos espacios públicos<sup>171</sup> del mundo romano (dedicados a los dioses, al emperador y sus ancestros, y a los benefactores locales) se han transformado profundamente, quedando ahora la construcción de la iglesia como referencia y espacio de culto, y a sus pies la plaza como espacio polivalente de interacción social y de mercadeo<sup>172</sup> (que funcionalmente sustituirá al foro).

---

(Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis Hispaniarum», 172).

167 En muchos casos (y a tenor de los restos pétreos de elementos arquitectónicos labrados incorporados en sus muros) fagocitando la propia muralla a muchos de los edificios monumentales públicos (que posiblemente mostrarían un gran deterioro, o quizás ya por entonces en estado ruinoso por falta de mantenimiento).

168 “Uno de los síntomas más evidentes de decadencia urbana fue el abandono y desmantelamiento generalizado del que había venido siendo caja de resonancia, centro neurálgico y corazón de la ciudad romana, el foro. Ya en el siglo IV d.C., tan sólo se encontraban tres centros en toda Hispania, en cuyos foros existía actividad, aunque en todos ellos se agotó antes de que terminase la centuria: Tarraco, Corduba y Conimbriga, pudiendo ser este último el que más dudas arroja en cuanto a su duración temporal, ya que hay datos que hacen sospechar de su actividad hasta el momento definitivo de su ruina, a inicios del siglo V d.C.” (Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis Hispaniarum», 181).

169 “La reducción del perímetro de algunas ciudades bajoimperiales, interpretado habitualmente como un síntoma de pérdida de población y por tanto de decadencia. Hemos de decir que en los siglos IV y V d.C., este es un fenómeno habitual en la diócesis Hispaniarum, aunque también nos encontramos con urbes que no disminuyeron su superficie” (Ibid., 178).

170 Pirenne, *Les villes et les institutions urbaines*.

171 En el mundo romano clásico, la delimitación del espacio público de la ciudad quedaba claramente marcada mediante mojones (*termini*) y su alteración fuertemente sancionada (Rasposo, «La delimitación de los espacios públicos en Pompeya»).

172 Las ciudades y poblaciones medievales desarrollarán un urbanismo abigarrado y apegado a la orografía del terreno, feudalismo heredero de la tradición orgánica, con parcelas poligonales pero irregulares y calles tortuosas que se juntan en sus plazas (centros neurálgicos de actividad comercial y social), donde sin embargo convivirán con elementos singulares de marcado carácter ortogonal: los principales edificios cuadrículados serán los eclesiásticos (arquitectura de iglesias, catedrales, conventos,

El espacio público de una ciudad define su calidad de vida y sus valores; si queremos entender una ciudad, hemos de empezar por estudiar sus espacios públicos (incluyendo tanto los espacios exteriores y abiertos, como los espacios interiores de sus edificios públicos)<sup>173</sup>.

Para orientar el debate y las investigaciones desde un punto de vista crítico-constructivo, no debería planificarse una excavación arqueológica sin tener muy presentes las cuestiones historiográficas que afectan a sus distintos periodos temporales/culturales; siendo el cambio urbanístico con el cierre/amurallamiento de la ciudad y simultáneamente la radical transformación de los espacios públicos unos de los aspectos que más interesaría documentar y desarrollar. Y donde precisamente estos dos yacimientos nos podrían aportar mucha y valiosa información (es decir, que lo que queda de la *urbs* nos sirva para comprender mejor la *civitas* en esos tiempos de profundos cambios<sup>174</sup>).

---

monasterios, mezquitas y sinagogas) reflejando el orden divino, seguidos por gran parte de construcciones defensivas y cortesanas/nobiliarias (torres, castillos/fortalezas, palacios) significando el poder terrenal. Olvidada la visión de la Roma altoimperial de un universo global/ordenado, en el mundo medieval y frente al desorden vital (organicismo de la ciudad medieval), ahora la iglesia proporcionará orden y una referencia de estabilidad (tanto material como espiritual, todo ello reflejado en la ortogonalidad de sus construcciones); de ahí esa integración medieval de los modelos urbanístico-constructivos orgánico y ortogonal.

173 “La composición y el uso de los espacios públicos en la ciudad son indicativos de la urbanidad –relativa a la intensidad de la diversidad de la oferta urbana, y a la intensidad de los intercambios y fricciones urbanas–” (Sibertin-Blanc, «Espacios públicos», 33).

174 “Nuestra obra pretende, en cambio, que se desechen de una vez por todas criterios valorativos como los conceptos de «decadencia» o «degeneración»” (Cameron, *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía*, 11). Tema controvertido, pues tras los primeros grandes estudios sobre la decadencia y caída del imperio romano (E. Gibbon, J.B. Bury, E. Stein, A.H.M. Jones, M.I. Rostovtzeff), la moderna historiografía que trata esta etapa oscila entre defender el continuismo considerando la transformación/evolución/integración del imperio romano que perdura metamorfoseándose en el imperio carolingio a través de una etapa de transición que sería la Antigüedad Tardía (P. Brown, F.W. Walbank, A. Cameron, W. Goffart, K. Randsborg, corriente denominada por algún autor como “Brownians”), o bien directamente la tesis rupturista de la violenta y dramática caída del imperio causada por sus enemigos externos (bárbaros) e internos (usurpaciones) y el subsecuente choque (A. Piganiol, B. Ward-Perkins, S. Mitchell, P. Heather, R. Macmullen, agrupados bajo el término de “neo-Gibbonians”). Véase el artículo de Eduardo Pitillas, que de alguna manera propone un acercamiento intermedio: “Obviamente resulta difícil dar con el punto medio y si no es acertado negar el contacto entre ambos mundos (el romano y el bárbaro), tampoco lo es el eludir el choque en el momento en el que este se produce (s. V d.C.). Son aspectos contrapuestos y, de hecho, ambos tuvieron lugar” (Pitillas, «Algunas consideraciones sobre una cuestión sobradamente conocida: la caída del Imperio Romano», 316). En cualquier caso no vamos a entrar ahora en los matices de todas estas interpretaciones, pues citando la frase repetida en

## 7. Consecuencias metodológicas

Continuando al hilo de las reflexiones que genera la comparativa realizada, seguidamente se justificará la herramienta teórica del “paralelo existencial”, se tratará cómo intentar afrontar las “categorizaciones” del mundo antiguo (el mecanismo intelectual para pasar de lo particular y concreto a nombrar lo general y total)<sup>175</sup>, y finalmente se comentarán diversos aspectos sobre metodología de excavación aplicada a este tipo de yacimientos y los procesos metodológicos seguidos en la excavación de Begastri.

### 7.1. El paralelo existencial

Este “paralelo existencial” establece entre los dos yacimientos estudiados una correlación de coincidencia sincrónica (coetánea pero en diferentes planos o lugares) de su particular desarrollo diacrónico<sup>176</sup> (es decir, de su propia evolución temporal). Ver el correspondiente esquema sincrónico-diacrónico en la imagen adjunta (Fig. 10).

<b>SINCRONÍA</b>	
<b>DIACRONÍA</b>	OPPIDUM IBÉRICO      OPPIDUM VETÓN
	ROMANIZACIÓN
	PAX ROMANA ALTO IMPERIO
	MURALLA ROMANA BAJO IMPERIO
	DOMINIO VISIGODO AMPLIACIÓN MURALLA
	CONFLICTO      CONFLICTO-
	VISIGODO-BIZANTINO      VISIGODO-SUEVO
	DOMINIO ÁRABE
	ABANDONO
	<b>BEGASTRI      YECLA LA VIEJA</b>

Figura 10. Esquema sincrónico-diacrónico del “paralelo existencial” entre ambos yacimientos, basado en los esquemas sincrónicos-diacrónicos de Claude Lévi-Strauss.

Se propone incorporar el concepto de “paralelo existencial” como herramienta de correlaciones que quedan fuera del término específico de “paralelo”<sup>177</sup> en el ámbito de la arqueología. Así, se establecerían relaciones más amplias de concordancia, que son

sus clases por el catedrático D. Antonino González-Blanco, “La narración no puede ocultar los hechos”.

175 “Entre la realidad y la mente, o más bien al revés, entre la mente y la realidad, tiene lugar el proceso de conceptualización, que permite pasar de lo individual a lo general, de lo particular a la categoría, de lo específico a lo universal y de lo determinado a lo común” (Vales, *Enseñar a hablar a un monstruo*, 251).

176 Siendo los términos diacrónico-sincrónico desarrollados inicialmente para el estudio de las lenguas por el lingüista Ferdinand de Saussure, y posteriormente empleados en antropología por el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss.

177 Basado en el reconocimiento formal de lo similar.

las que toman el pulso a una época y que conviene considerar para ir entendiendo mejor el mundo del pasado, superando los localismos y regionalismos, buscando aprehender una visión de culturas como la romana que presentaban un carácter de globalidad integradora.

### 7.2. Las categorizaciones en el mundo antiguo

Para comprender a través de la interpretación arqueológica estas culturas de la antigüedad (de las que además somos herederos), si no queremos quedarnos en un mero catálogo de objetos perfectamente clasificados y de ruinas datadas<sup>178</sup>, hemos de ir asimilando las categorizaciones<sup>179</sup> subjetivas y específicas de ese pasado, aplicándolas a nuestra interpretación en la búsqueda de articular un relato coherente y sólido sobre las sociedades pretéritas<sup>180</sup>. Esto ya ha sido planteado por otros autores, pero es en las categorizaciones de símbolos<sup>181</sup> donde más puede avanzar la investigación.

La vocación de universalidad de la cultura romana (y posteriormente la unidad del reino visigodo, que toma su relevo en *Hispania*) nos permitirá trabajar con las mismas categorizaciones subjetivas del mundo romano en los distintos yacimientos. Afortunadamente y gracias tanto a las fuentes como a los abundantes restos materiales<sup>182</sup>, a través de la investigación cada vez podemos ir entendiendo mejor el universo

178 “La arqueología cognitiva es el estudio de las formas antiguas de pensamiento a partir de los restos materiales” (Renfrew, y Bahn, *Arqueología, Conceptos Clave*, 46). “Está cada vez más aceptado que las comunidades se apoyan sobre modelos de comprensión compartida, que toman casi la forma de hechos reales, conceptos a los que el filósofo John Searle denomina «hechos institucionales»” (*Ibid.*, 49).

179 Entendiendo la categorización desde la filología lingüística: “La gran aportación de la filología en este punto es de carácter cognitivo: los nombres no designan tanto objetos como conceptos (la categorización) derivados de ideas generales” (Vales, *Enseñar a hablar a un monstruo*, 33). Daniela Soledad González plantea una teorización lingüística de la base metafórico-metonímica de la recategorización léxica, mecanismo que interesaría extrapolar para abordar el simbolismo en el mundo antiguo (González, *Recategorización*).

180 “La tarea de los arqueólogos es investigar el pasado. (...) Nunca conoceremos qué sucedió realmente; sin embargo, porfiemos para poder escribir el mejor relato sobre el pasado, un relato que es informado por las pruebas obtenidas y que procuramos que sea coherente y satisfactorio” (Johnson, *Teoría Arqueológica*, 30).

181 Definidos los símbolos desde el punto de vista semántico o escuela aristotélica según Ernst Gombrich o símbolo lingüístico según Paul Ricoeur, no desde el hermenéutico o jungiano o escuela neoplatónica según Gombrich o dimensión no lingüística del símbolo según Ricoeur (Gombrich, *Imágenes simbólicas*, 24; Ricoeur, «Parole et symbole», 143).

182 “Si hemos de relacionar los testimonios arqueológicos con los testimonios documentales hay que contemplar de forma crítica las actitudes mentales y las ideas que representaron su papel en la producción de tales testimonios” (*Ibid.*, 119).

intelectual de la cultura greco-romana-visigótica que el pensamiento mucho peor documentado de otros pueblos del pasado.

### 7.3. Metodología de excavación

Para ir asimilando apropiadamente un yacimiento arqueológico, la propia metodología<sup>183</sup> de la excavación ha de ser flexible y adaptada tanto al yacimiento concreto como al relato historiográfico en el que se desarrolle su recorrido del pasado<sup>184</sup>.

La geometría en planta<sup>185</sup> empleada en una excavación variaba según la época en la que se intervenía y las particularidades del yacimiento; en tiempos pasados se prefería la excavación por trincheras, favoreciéndose luego los sistemas por cuadrantes mediante el método Wheeler de cuadrículas y muros testigo entre ellas, combinados en algunos casos con la excavación en área abierta (sin conservar muros-testigo de la estratigrafía). A su vez, el modo de excavar podía ser por niveles horizontales o bien por estratos arqueológicos<sup>186</sup>.

Actualmente se ha impuesto de forma bastante generalizada la excavación en área abierta con proceso estratigráfico documentado mediante el sistema de matriz Harris, numerando y describiendo sus Unidades de Estratificación (UE)<sup>187</sup>. Así lo hemos

183 “Para Feyerabend, la historia de las ideas científicas nos enseña que para obtener mejores resultados hay que desechar el uso de un único método” (*Ibid.*, 67).

184 “It goes without saying that all excavation methods need to be adapted to the research questions in hand and the nature of the site” (Renfrew, y Bahn, *Archaeology, Theories, Methods and Practice*, 107).

185 Harris denomina a las geometrías en planta a adoptar en las excavaciones como “estrategias” de excavación (Harris, *Principios de estratigrafía arqueológica*, 37-38).

186 Siguiendo la terminología de Harris y una vez delimitado el perímetro a excavar, el modo de ir acometiendo la excavación o “proceso” podía ser: “arbitrario” (ya sea aleatorio o sea por niveles horizontales), o bien “estratigráfico” (diferenciado por estratos arqueológicos) (*Ibid.*, 39-40). El conjunto de “estrategia” y “proceso” conforma la “técnica” de excavación (*Ibid.*, 33-42).

187 Metodología inicialmente publicada en *World Archaeology* en 1975, daría origen en 1979 a la primera edición del libro *Principles of Archaeological Stratigraphy*, mientras que en español no sería traducido hasta 1991 (Harris, *Principios de estratigrafía arqueológica*). Sin embargo, en el extenso tratado de introducción a la arqueología de Colin Renfrew no se menciona la matriz Harris (Renfrew, y Bahn, *Archaeology, Theories, Methods and Practice*). Por otra parte, entiendo que la matriz Harris debe usarse como una herramienta más al servicio del arqueólogo para ordenar secuencialidades objetivamente, no como un fin en sí mismo, y no forzarse dicho esquema con interpretaciones/decisiones (por ejemplo, sobre estratos poco claros, relaciones entre estratos alejados, estratos contaminados y revueltos, etc.) sino limitarse a reflejar las constataciones fehacientes (es importante dejar diferenciados los datos/hechos físicos de las interpretaciones que se hacen de

visto en el histórico de excavaciones de Begastri, donde inicialmente se iniciaría la excavación por D. Antonino González Blanco tanto con cuadrículas Wheeler como en área abierta para definir el perímetro de los lienzos de las murallas, y donde más adelante el mismo director de excavación pasó a documentar la estratigrafía mediante Unidades Estratigráficas y matriz Harris<sup>188</sup>. Posteriores directores de excavación la han continuado con el sistema de área abierta<sup>189</sup> y matriz Harris, que como indicábamos es el método que hoy en día goza de mayor predicamento. Si algo puede reprocharse a la metodología de Edward Cecil Harris seguida en este último caso (en el que toda la superficie excavada queda en área abierta) sería el que se renuncia a la conservación de testigos estratigráficos que permitan en un futuro reevaluar nuevos aspectos (por ejemplo, mediante el avance de determinadas técnicas de análisis y datación de los restos)<sup>190</sup>.

dicho material, siendo estas últimas necesarias pero quedando siempre enunciadas como tales). Finalmente indicar que en aras de una mayor objetividad, posiblemente deberían sistematizarse los análisis químicos y físicos de los componentes no artefactuales de cada estrato haciendo un muestreo adecuado, algo que por el gran coste y tiempo que supondría no se hace habitualmente.

188 Del informe técnico de la excavación de 2001 (lo que se repetirá en las siguientes campañas): “Por lo que a metodología se refiere, hemos seguido empleando el mismo sistema que en la campañas anteriores, es decir, el de open areas desarrollado durante la década de los setenta en Gran Bretaña, más conocido como el método Matrix Harris” (González Blanco, Fernández Matallana, y Zapata, «Informe técnico de los trabajos de excavación del yacimiento de Begastri, Campaña del 2001», 19-20). En el informe preliminar de la campaña de 2005 se explicará más pormenorizadamente el sistema de la matriz Harris (González Blanco, y Molina Gómez, «Begastri 2005, Informe preliminar de la excavación arqueológica del yacimiento de Begastri», 88-100).

189 “El método seguido para la intervención fue la excavación arqueológica en área abierta, es decir, en extensión con unidades móviles y sin testigos centrales, quedando las unidades de excavación determinadas por las propias estructuras que iban apareciendo” (Molina, y Zapata, «Nuevas contribuciones al urbanismo tardío de Begastri, Campaña de 2007-2008», 139). “Hoy en día se tiende más a la excavación por área abierta, como antaño pero con la particularidad de que se usan unidades móviles y no se utilizan testigos centrales, quedando las unidades de excavación determinadas por las propias estructuras que iban apareciendo, es decir, se excava a medida que el yacimiento te lo va permitiendo” (Molina, y Castillo, «Hacia una historia de la investigación y de los principales interrogantes del yacimiento arqueológico de Begastri», 16).

190 El no conservar indemnes una serie suficiente de testigos estratigráficos de la excavación que posibiliten un futuro análisis y reevaluación del yacimiento, arruinaría la posibilidad tanto de reproducibilidad como de falsabilidad o refutabilidad de la investigación estratigráfica realizada (los criterios o capacidades de reproducibilidad y de refutabilidad constituyen los dos pilares del método científico). Epistemológicamente y en términos popperianos (siguiendo el enfoque hipotético-deductivo que es habitual en la arqueología procesual), de anularse la factibilidad de la comprobación experimental, la teoría que se fundamenta sobre la estratigrafía destruida del yacimiento sería incontrolable

Cuando no está previsto volver a tapar lo excavado, se hace preciso considerar la cuestión de la adecuada conservación de los restos inmuebles (generalmente estructuras de cimentación, arranques de muros, solados, pozos, silos excavados, hoyos de postes, etc.), y esto suele implicar una labor de consolidación e incluso una restauración.

Otro de los problemas a considerar durante el desarrollo de las excavaciones es el de compatibilizar una imagen final del yacimiento de cara a su musealización (es decir, de forma que sea visitable/accesible así como entendible por el visitante) junto con el mantenimiento tanto de estructuras sobrepuestas de diferentes épocas como de suficientes testigos estratigráficos sin excavar.

En yacimientos como los dos comparados en este artículo, ambos con potentes murallas, no hay duda sobre la relevancia de estos elementos poliorcéticos y la necesidad de su adecuada consolidación e incluso restauración.

## 8. Conclusiones finales

A pesar de la gran distancia que las separa, tanto Begastri como Yecla la Vieja son ciudades romanas que comparten un mismo recorrido vital (paralelo existencial): situadas en una colina o promontorio, con su origen en asentamientos indígenas fortificados u *oppida* que tras la romanización pierden o desactivan sus defensas, entre los siglos III a IV con el hundimiento del Imperio se encierran de nuevo tras una importante muralla, siendo enclaves fronterizos en conflictos visigodos donde sus defensas se refuerzan, para terminar abandonándose definitivamente en favor de la población cercana ya en la época de la plena edad media (abandonos producidos entre el siglo XI y finales del XII).

Las dos murallas descritas son claros ejemplos que contradicen la tipificación de la muralla bajoimperial con torreones cada pocos metros<sup>191</sup> y rodeando una urbe importante<sup>192</sup>.

y pasaría a ser mera metafísica. El postprocesualismo soluciona cuestiones análogas negando directamente el carácter científico de la arqueología: "La interpretación en arqueología es, por lo tanto, según este punto de vista, siempre de naturaleza hermenéutica (sobre ideas, significados y símbolos) y no de naturaleza científica" (Johnson, *Teoría Arqueológica*, 65).

191 Torreones cuadrados y colocados repetitivamente que ya encontrábamos en algunas murallas altoimperiales, como en Cástulo o como en la ampliación augustea de Itálica, por lo que no podremos hablar de una única tipología de muralla bajoimperial (como estructura formal compartida).

192 De hecho, estas dos murallas ni se mencionan como bajoimperiales en los últimos trabajos recopilatorios sobre murallas de época romana (Fernández Ochoa, y Morillo, «Ejército

Ambas murallas son de geometría orgánica, siguiendo las curvas de nivel del terreno y adaptándose a él, renegando por tanto de los lienzos rectos y las plantas ortogonales más propias de una arquitectura altoimperial.

Conceptualmente, este organicismo constructivo simboliza una carencia de orden, una falta de legitimidad del poder central a través de lo divino, siendo así plenamente coherente con el prolongado momento histórico de desmoronamiento del sistema establecido en el que se construyeron y posteriormente fortalecieron estas dos murallas.

## Bibliografía citada

- Abascal, J. M., y Cebrián, R. «Las murallas romanas de Segóbriga». *Murallas de ciudades romanas del Occidente del Imperio. Lucus Augusti como paradigma*, Actas del Congreso Internacional celebrado en Lugo (26-29 noviembre 2005), Diputación Provincial de Lugo (2007): 527-546.
- Alcázar Pastor, J. M. «Las murallas de Begastri». *Alquibir VIII/IX* (1999): 11-12.
- Alcázar Pastor, J. M. «La minería del hierro en Cehegín». *Alquibir XIII* (2005-2006): 175-190.
- Alcorta Irastorza, E. J. «La muralla de Lugo. Un ejemplo de ingeniería militar romana bajo imperial». *IV Congreso de las Obras Públicas en la Ciudad Romana*, CITOP, Lugo (2008).
- Álvarez Sanchís, J. R. *Los vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.
- Álvarez Sanchís, J. R. «Ciudades vettonas». *Complutum* Vol. 22, nº 2 (2011):147-183.
- Arana Castillo, R., y Alías Linares, A. «Estudio mineralógico de tres muestras de estucos de Begastri (Cehegín, Murcia)». *Anejos de Antigüedad y Cristianismo* V (2006): 219-232.
- Arendt, H. *The Human Condition*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- Balil Illana, A. «La defensa de España en el Bajo Imperio». *Zephyrus* XI (1960): 179-197.
- Bellido González, M. «El ferrocarril de Murcia a Caravaca». *Revista de Obras Públicas* nº2409 (1924).
- Benvenuti, V. «The Introduction of Artillery in the Roman World: Hypothesis for a Chronological Definition Based on the Cosa Town Wall». *Memoirs of the American Academy in Rome* Vol. 47 (2002): 199-207.
- Blázquez Martínez, J. M. «La crisis del siglo III en Hispania y Mauritania Tingitana». *Hispania* nº108 (1968): 5-37.

y amurallamiento urbano», 205; Fernández Ochoa, y Morillo, «Murallas urbanas de época romana en Hispania»).



- Cameron, A. *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía 395-600*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998.
- Cebrián Fernández, R. *Segóbriga, municipio romano*. Cuenca: Diputación de Cuenca, 2014.
- Cortés Bárcena, C. *Epigrafía en los confines de las ciudades romanas: Los Termini Publici en Hispania, Mauretania y Numidia*. Roma: L'Erma di Bretschneider, 2013.
- De Man, A., Monge Soares, A. M., y Martins, J. M. M. «A datação pelo radiocarbono de contextos funerários da denominada basílica paleocristã de Conimbriga». *Arqueologia medieval* n° 11 (2010): 5-9.
- Díaz Martínez, P. C., Martínez Maza, C. y Sanz Huesma, F. J. *Hispania, tardoantigua y visigoda*. Madrid: Editorial Itsmo, 2007.
- Doménech Belda, C. «El tesoro islámico de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* XIII (2006): 211-249.
- Durán Blázquez, J. A., Peñalver Aroca, F. M., Guillamón Marcos S. P., y Durán Blázquez, C. A. «Las consolidaciones en Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 315-330.
- Espluga Corbalán, F.X., Mayer Olivé, M., y Miró Vinaixa, M. «Epigrafía de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* I (segunda edición, 1994): 45-88.
- Fernández-Guerra y Orbe, A. *Deitania y su catedral episcopal de Begastri*. Madrid: Imprenta de Fortanet, 1879.
- Fernández Ochoa, C. *La muralla romana de Gijón (Asturias)*. Gijón: Ed. Electra y Ayuntamiento Gijón, 1997.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. «Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (primera parte)». *CuPAUAM* 18 (1991): 227-259.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. «Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (segunda parte)». *CuPAUAM* 19 (1992): 319-360.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. «La muralla de Iruña en el contexto de las fortificaciones urbanas bajoimperiales de la región septentrional de la Península Ibérica». *Isturitz* 9 (1997): 735-742.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. «Ejército y amurallamiento urbano durante el Bajo Imperio romano: defensa y estrategia». *El Ejército Romano en Hispania. Guía Arqueológica*, Universidad de León (2006): 200-222.
- Fernández Ochoa, C., y Morillo Cerdán, A. «Murallas urbanas de época romana en Hispania (Siglos I a.C.-V. d.C.)». *Vínculos de Historia* 11 (2022): 83-115.
- Fernández Ochoa, C., Morillo Cerdán, A., y Salido Domínguez, J. «Ciudades amuralladas y *annona militaris* durante el Bajo Imperio en Hispania: una cuestión a debate». *Horrea d'Hispanie et de la Méditerranée romaine*, Colección de la Casa de Velázquez, Vol. 125 (2011): 265-286.
- Fields, N. *The Walls of Rome*. Oxford: Osprey, 2008.
- Fornell Muñoz, A. «Las murallas romanas de Jaén». *Alcazaba* n°9-12 (2012): 3-18.
- García de Aguinaga García, J. L., y Vallalta Martínez, M. P. «Fortificaciones y puerta de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 53-61.
- García de Cortázar, J. A., y Sesma Muñoz, J. A. *Manual de Historia Medieval*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- García Herrero, G., y Sánchez Ferra, A. J. «Íberos, Romanos, Godos y Bizantinos: el marco histórico de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 23-29.
- García Jiménez, M. I., y Llinares Beneyto, J. «Epigrafía de Begastri (avance)». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 35-40.
- García Moreno L. A. *Historia de España visigoda*. Madrid: Cátedra, 1989.
- Gombrich, E. *Imágenes simbólicas. Estudios sobre el arte del Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial, 1983 (Londres: Phaidon Press Ltd., 1972).
- Gómez de la Torre-Verdejo, A. «La muralla de Recópolis». *Zona Arqueológica* 9 (2008): 76-86.
- Gómez Fernández, F. J. «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis *Hispaniarum*: la primacía del argumento del declive, sobre el de la metamorfosis ciudadana». *HAnt.* XXX (2006): 167-208.
- Gómez-Moreno Martínez, M. «Sobre arqueología primitiva en la región del Duero». *Boletín de la Real Academia de la Historia* 45 (1904): 147-160.
- Gómez-Moreno Martínez, M. *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*. Valencia: Ministerio de Educación y Ciencia, Servicio Nacional de Información Artística, Gráficas Soler, 1967.
- Gómez Toscano, F. «Las murallas de Tejada la Vieja (Huelva): Implicaciones históricas y cronológicas a través de cuatro hipótesis alternativas». *Cuadernos de Arquitectura y Fortificación* 1 (2013-2014) 9-34.
- González, D. S. *Recategorización, Metáfora y Metonimia*. Maipú: TeseoPress, 2021.
- González Blanco, A. «La historia del S.E. peninsular entre los siglos III-IV d.C.». *Antigüedad y Cristianismo* II (1985): 53-79.
- González Blanco, A. «La población del SE en los siglos oscuros IV-X». *Antigüedad y Cristianismo* V (1988): 11-27.
- González Blanco, A. «Begastri, presentación de la segunda edición». *Antigüedad y Cristianismo* I (segunda edición, 1994): 9-19.

- González Blanco, A. «Begastrí, ciudad visigoda». *Alquibir* VI (1996): 115-125.
- González Blanco, A. *Urbanismo Romano en la Región de Murcia*, Universidad de Murcia 1996.
- González Blanco, A. «Begastrí y la recuperación de la Antigüedad Tardía en el Sureste peninsular. Reflexionando sobre la arqueología de campo en este periodo histórico». *Antigüedad y Cristianismo* XXI (2004): 543-562.
- González Blanco, A. «Memoria informe de los trabajos del año 2004». *Anejos de Antigüedad y Cristianismo* V (2006): 73-79.
- González Blanco, A., Lillo Carpio, P., Ramallo Asensio, S., y Yelo Templado, A. «La ciudad hispano-visigoda de Begastrí (Cabezo de Roenas, Cehegín-Murcia). Dos primeras campañas de aproximación al yacimiento». *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, en Murcia 1982 (ed. 1983): 1011-1022
- González Blanco, A., y YELO TEMPLADO, A. «El yacimiento y la excavación de Begastrí: historia y perspectivas». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 17-21.
- González Blanco, A., Molina Gómez J. A., Ruiz Cazorla, J., García Marcos, M., Iribarren Miquélez, V. J., Rodríguez Faura, V., Ortiz Conde, E., Arias Ferrer, L., Martínez García, J. J., López Robles, J. M., Peñalver Aroca, F., y Fernández Matallana, F. «Begastrí bajo el dominio árabe. Las etapas de destrucción de la ciudad». *Alquibir* VIII/IX (1999): 140-147.
- González Blanco, A., y Molina Gómez, J. A. «Historia de la excavación de Begastrí». *Alquibir* nº12 (2002-2004): 12-39.
- González Blanco, A., Fernández Matallana, F., y Zapata Parra, J. A. «Informe técnico de los trabajos de excavación del yacimiento de Begastrí (Cehegín, Murcia). Campaña del 2001». *Anejos de Antigüedad y Cristianismo* V (2006): 19-23.
- González Blanco, A., y Molina Gómez, J. A. «Begastrí 2005. Informe preliminar de la excavación arqueológica del yacimiento de Begastrí». *Anejos de Antigüedad y Cristianismo* V (2006): 81-216.
- González Fernández, R., Fernández Matallana, F., y Zapata Parra, J. A. «La villa romana de Los Villaricos (Mula, Murcia): un gran centro productor de aceite en la Hispania Tarraconense». *Archivo Español De Arqueología* 91 (2018): 89-113.
- Gozalbes Cravioto, E. «Incursiones de moros contra la Bética en el mundo antiguo». *Jábega* 26 (1979): 49-53.
- Harris, E. C. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Hernández Guerra, L., Solana Sainz, J. M., y Jiménez de Furundarena, A. «Epigrafía romana de Yecla de Yeltes y Salamanca». *Veleia* 14 (1997): 241-254.
- Hernández Vera, J. A. «Contrebia Leukade y la definición de un nuevo espacio para la segunda guerra púnica». *Salduie* 3 (2003): 61-82.
- Iriarte Kortazar, A. «Introducción a la artillería de torsión». *Gladius* XXXI (2011): 57-76.
- Jiménez Sancho, A., Rodríguez Gutiérrez, O., y Izquierdo de Montes, R. «Novedades arqueológicas adrianeas en el teatro de Itálica y su entorno». *Roma, Tibur, Baetica. Investigaciones adrianeas*, Universidad de Sevilla (2013): 271-292.
- Johnson, M. *Teoría Arqueológica. Una Introducción*. Barcelona: Ariel, 2000.
- Jonasch, M. «The fortification of secondary settlements in late Roman Gaul». *Focus on Fortifications. New Research on Fortifications in the Ancient Mediterranean and the Near East*, Monographs of the Danish Institute at Athens Volume 18, Oxbow Books, Oxford (2016): 300-313.
- Jones, A. H. M. *The Later Roman Empire (284-602)*. Oxford: Basil Blackwell, 1964.
- La Rocca, M. C. «El espacio urbano entre los siglos VI y VII». *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* nº37-38 (2004-2005): 49-73.
- López Bermúdez, F. «Begastrí». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 13-16.
- López de Rego y Uriarte, J. I. «La muralla de Lugo, sistema constructivo». *Boletín do Museo Provincial de Lugo* nº 12, 1 (2005): 71-108.
- López Melero, R. «La supuesta invasión del siglo III d.C. en territorio de vascones». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Hª Antigua, t. 3 (1990): 43-60.
- López Quiroga, J. «Conimbriga. Historia e Historiografía de un yacimiento singular». *Conimbriga tardo-antigua y medieval, Excavaciones arqueológicas en la domus tancinus (2004-2008) (Condeixa-a-Velha, Portugal)*. BAR International Series 2466 (2013): 7-19.
- Maluquer de Motes Nicolau, J. *Carta arqueológica de España: Salamanca*. Salamanca: Diputación Provincial, Servicio de Investigaciones Arqueológicas, 1956.
- Marín Baño, C. «Un modelo estratigráfico de la Cartagena púnica: la muralla de *Quart-Hadast*». *AnMurcia* 13-14 (1997-1998): 121-139.
- Martín Benito, J. I. «El Lugar Viejo de Yecla de Yeltes: de la tardorromanidad a la Alta Edad Media». *Fortificaciones, poblados y pizarras. La raya en los inicios del medievo* (2019): 128-137.
- Martín Jiménez, J. L. «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes». *Boletín de la Real Academia de la Historia* 75 (1919): 399-415.

- Martín Valls, R. «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* XXXIX (1973): 81-103.
- Martín Valls, R. «Notas sobre la epigrafía latina de Yecla de Yeltes (Salamanca)». *Durius* 1 (1973): 37-43.
- Martín Valls, R. «Novedades epigráficas del Castro de Yecla de Yeltes (Salamanca)». *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Diputación Provincial de Cáceres (1979): 499-510.
- Martín Valls, R. «Las necrópolis del castro de Yecla de Yeltes. Datos arqueológicos y epigráficos para su estudio». *Zephyrus* XXXIV-XXXV (1982): 181-201.
- Martín Valls, R. «Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos». *Zephyrus* XXXVI (1983): 217-231.
- Martín Valls, R., y Benet, N. «Investigación y restauración del castro de Yecla la Vieja». *O Iº Milenio a. C. no Noroeste Peninsular; A Fachada Atlántica e o Interior. Actas do Colóquio realizado em Bragança nos dias 24 e 25 de Novembro de 1995*, Bragança (1997):111-122.
- Martín Valls, R., y Pérez Gómez, P. L. «El verraco de Yecla de Yeltes: consideraciones sobre su interpretación». *Zephyrus* 57 (2004): 283-301.
- Martínez Cavero, P. «Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo* I (1984): 41-44.
- Martínez Ortiz, P. «Begastri/Bigastro». *Alquibir* nº12 (2002-2004, ed. 2005): 8-11.
- Maurin, L. «Remparts et cités dans les trois provinces du Sud-Ouest de la Gaule au Bas-Empire (dernier quart du IIIe siècle-début du Ve siècle)». *Villes et agglomérations urbaines antiques du Sud-Ouest de la Gaule. Histoire et Archéologie, Aquitania* 6º suppl. (1992): 365-389.
- Menéndez Pidal, R. *Los españoles en la historia*. Ed. digital Titivillus, 1947-2021.
- Molina Gómez, J. A. «Begastri: La interpretación tras la campaña de excavaciones del 2006». *Antigüedad y Cristianismo* XXIII (2006): 269-273.
- Molina Gómez, J. A., y Martínez García, J. J. «Campaña arqueológica de Begastri (2006)». *Antigüedad y Cristianismo* XXIII (2006): 261-268.
- Molina Gómez, J. A., y Zapata Parra, J. A. «Nuevas contribuciones al urbanismo tardío de Begastri. Campaña de 2007-2008». *XIX Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia* I (2008): 139-142.
- Molina Gómez, J. A., Zapata Parra, J. A., y Peñalver Aroca, F. «Las actuales excavaciones de Begastri (2007-2009)». *Alquibir* 14 (2010): 7-15.
- Molina Gómez, J. A., Zapata Parra, J. A., Peñalver Aroca, F. M., y Durán Blázquez, J. A. «La excavación y restauración de la puerta oriental de Begastri (2009-2010)». *XXII Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia: Cartagena y Murcia*, Murcia (2011): 109-118.
- Molina Gómez, J. A., y Castillo Lozano, J. A. «Hacia una historia de la investigación y de los principales interrogantes del yacimiento arqueológico de Begastri (Cehegín, Murcia)». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 13-28.
- Molina Gómez, J. A., Zapata Parra, J. A., Muñoz Sandoval, M. I., Martínez García, J. J., y Peñalver Aroca, F. M. «La ciudad romano-visigoda de Begastri (Cehegín-Murcia): estado de la investigación tras una década de excavaciones (2007-2017)». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 63-114.
- Moneo Vallés, J. R. «On typology». *Oppositions*, No.13, Summer, Cambridge (Massachusetts) MIT Press (1978): 22-44.
- Montanelli, I. *Historia de Roma*. Barcelona: Nuevas Ediciones de Bolsillo, grupo editorial Penguin Random House, 2003.
- Montanelli, I., y Gervaso R. *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Random House Mondadori, 2012.
- Morán Bardón, C. *Epigrafía Salamantina*. Salamanca: Estb. de Calatrava, 1922.
- Morán Bardón, C. *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*. Filosofía y Letras Tomo II, nº1. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1946.
- Morillo Cerdán, A. «Campamentos romanos en España a través de los textos clásicos». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Hª Antigua, t. 6 (1993): 379-398.
- Muñoz Sandoval, M.I., y Zapata Parra, J. A. «Poblamiento y cultura material en época ibérica en Begastri (Cehegín, Murcia)». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 149-188.
- Muñoz Sandoval, M.I., y Zapata Parra, J. A. «Materiales arqueológicos de época romana en Begastri (Cehegín, Murcia)». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 198-234.
- de Navascués y de Juan, J. M. «Caracteres externos de las antiguas inscripciones salamantinas. Los epitafios de la zona occidental. Su trascendencia epigráfica e histórica». *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLII, nºII (1963): 159-223.
- Noguera Celdrán, J. M., Madrid Balanza, M. J., y Velasco Estrada, V. «Novedades sobre la *arx Hasdrubalis* de *Qart Hadast* (Cartagena): nuevas evidencias arqueológicas de la muralla púnica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 37-38 (2011-2012): 479-507.
- Olcina Doménech, M. H., Guilabert Mas, A. P., y Tendero Porrás, E. «Fortificaciones tardorrepublicanas de Lucentum (Hispania citerior)». *Las Guerra Civiles romanas en Hispania*.

- Una revisión histórica desde la Contestania, MARQ y Universidad de Alicante (2014): 127-137.
- Palao Vicente, J. J., y Salinas de Frías, M. «Nuevas inscripciones latinas del castro de Yecla de Yeltes (Salamanca)». *Habis* 40 (2009): 171-196.
- Palma García, F. «La muralla romana: ampliaciones a su conocimiento y un debate Cronológico. Intervención arqueológica realizada en el solar nº 60 de la calle Concordia». Mérida, excavaciones arqueológicas nº7 (2001): 35-54.
- Parreño Hoppe, U. «Composición química y forma de mantenimiento de la piedra de Begastri». *Alquiper* nº12 (2002-2004, ed. 2005): 48-49.
- Pavón Maldonado, B. «Murallas de sillares de ciudades y fortalezas iberomusulmanas (siglosVIII-XI)». Artículo inédito 24, de fecha febrero de 2012 en <http://www.basiliopavonmaldonado.es/public/ineprueba.htm>
- Pavón Maldonado, B. «Murallas de tapial, mampostería, sillarejo y ladrillo en el islam occidental (Los despojos arquitectónicos de la Reconquista. Inventario y clasificaciones)». Artículo inédito 25, de fecha mayo de 2012 en <http://www.basiliopavonmaldonado.es/public/ineprueba.htm>
- Pérez Centeno, M. R. «Análisis de la evolución de las ciudades hispanas en el siglo III d.C.». *Florentia iliberritana: Revista de estudios de antigüedad clásica* Nº 9 (1998): 305-319.
- Pirenne, H. *Les villes et les institutions urbaines*. Paris/ Bruselas: Librairie Félix Alcan/N.S.E., 1939.
- Pitillas Salañer, E. «Algunas consideraciones sobre una cuestión sobradamente conocida: la caída del Imperio Romano [476 d.C.]». *Espacio, Tiempo y Forma Serie II, Historia Antigua*, t. 19-20 (2006-2007): 309-330.
- Pocklington, R. «El Pacto de Teodomiro y las siete ciudades». *Regnum Murciae. Génesis y configuración del Reino de Murcia*, Murcia (2008): 73-84.
- Ramírez González, J. L. «Los dos significados de la ciudad o la construcción de la ciudad como lógica y como retórica». *Scripta Nova* nº27, Barcelona (1998) <http://www.ub.edu/geocrit/sn-27.htm>
- Ramos Fernández, R. «Las invasiones de los francos en España». *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras* Vol. 23, nº 3-4 (1965): F245-F288.
- Rasposo Gutiérrez, N. «La delimitación de los espacios públicos en Pompeya». Tesis doctoral Universidad Complutense de Madrid (2017) <https://eprints.ucm.es/id/eprint/45485/1/T39393.pdf>
- Renfrew, C., y Bahn, P. *Archaeology, Theories, Methods and Practice*, third edition. New York: Thames and Hudson, 2000.
- Renfrew, C., y Bahn, P. *Arqueología, Conceptos Clave*. Madrid: Akal, 2008.
- Richmond, I. A. *The City Walls of Imperial Rome: An Account of its Architectural Development from Aurelian to Narses*. Oxford: Clarendon Press, 1930.
- Ricoeur, P. «Parole et symbole». *Revue des Sciences Religieuses* 49 (1975): 142-161.
- Romero Carnicero, F., y Martín Valls, R. «Las insculturas del castro de Yecla de Yeltes: nuevas perspectivas para su estudio». *Zona arqueológica* 12 (2008): 232-251.
- Rosell Amigó, J., y Bosch González, M. «Hormigones de cal: nuevos “viejos” materiales». *Jornadas del Fórum Ibérico de la Cal, Tradición, versatilidad e innovación en la cal: un material de excelencia VI Jornadas FICAL* (2018): 82-92.
- Salinas de Frías, M. «El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: modelos e implicaciones históricas». *Les Campagnes de Lusitanie romaine. Occupation du sol et habitats* (1994): 177-188.
- Sánchez-Carrasco Rodríguez, M., y Rabadán Delmás, A. «El fin de Begastri». *Antigüedad y Cristianismo I* (1984): 143-147.
- Santos Yanguas, N. V. «Las invasiones de moros en la Bética del siglo II d.n.e.». *Gades* nº5 (1980): 51-62.
- Santos Yanguas, N. V. «Las invasiones germanas del siglo III en Hispania: estado de la cuestión». *Memorias de Historia Antigua* 7 (1986): 151-168.
- Serrano Peña, J.L. *Aurgi. Estudio del municipio romano desde la arqueología urbana de Jaén 1985-1995*. Jaén: Colección Martínez de Mazas, Serie Monografías de arqueología histórica, Universidad de Jaén, 2004.
- Sibertin-Blanc, M. «Espacios públicos: materialidad y simbolismo de los desafíos urbanos». *CCK Revista, Iniciativa Ciudades Creativas Kreanta*, 2021, 31-37, fffhal-03334094f <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-03334094/document>
- Taracena Aguirre, B. *Las invasiones germánicas en España durante la segunda mitad del siglo III*. Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos, Historia 5, nº general 22. Zaragoza: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950.
- Vales, J. C. *Enseñar a hablar a un monstruo. Sobre el origen del lenguaje, de las lenguas y de la escritura*. Barcelona: Ediciones Destino de Editorial Planeta, 2022.
- Velázquez Soriano, I. *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*. *Antigüedad y Cristianismo VI*. Murcia: Universidad de Murcia, 1989.
- Vila Vázquez J. I. «La monumentalidad a través de la imagen y el simbolismo del lugar». *Symcity 2*, Christian-Albrechts-Universität-zu-kiel, 2008, fffhal-02293210f <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-02293210/document>
- Vizcaino Sánchez, J. *La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII)*. *La documentación arqueológica*.

- Antigüedad y Cristianismo* XXIV (2007). Murcia: Universidad de Murcia, ed. 2009.
- Watson, A. *Aurelian and the Third Century*. London: Routledge, 2004.
- Yelo Templado, A. «La ciudad episcopal de Begastri». *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras* nº37, (1978-79, ed. 1980): 3-12.
- Yelo Templado, A. «La campaña de Tudmir». *Antigüedad y Cristianismo* V (1998): 613-617.
- Zapata Parra, J. A. «Las murallas de Begastri. Análisis histórico y arqueológico». *Antigüedad y Cristianismo* XXXV-XXXVI (2018-2019): 115-146.

